REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXIII | San José, Costa Rica **1937** Sábado 6 de Marzo | Num. 9

Año XVIII — No. 793

SUMARIO

Larra

(*1837 - 1937*)

Por JOSE ANTONIO FERNANDEZ CASTRO

= De *El Nacional*, México, D. F. 12-I-37 =

1. En breve, los 100 años

Dentro de pocos días,—el próximo 13 de febrero—va a cumplirse el primer centenario del suicidio del genial escritor español Mariano José de Larra. *Fígaro* es el único escritor español de su época, a quien interesaron, plenamente, los hombres y las ideas de la América de su tiempo. En cuanto a la Conquista de este continente, Larra tuvo opiniones y emitió juicios que lo enaltecen. Concuerdan—los de Larra, escritor español del siglo XIX—con los juicios y opiniones de cualquiera de nosotros. Al decir nosotros, conste que me refiero únicamente, a los escritores que hoy, continuamos opinando que fué ese famosísimo acontecimiento histórico, venero de crueldades innecesarias y demostración indudable de codicias sin límites. También trató Larra a algunos escritores americanos de sus días. Es seguro, que no sólo conoció la obra de varias de ellos, sino también que se inspiró en sus procedimientos. Por ejemplo, las piezas teatrales de Manuel José de Gorostiza, el notable diplomático y hombre de letras mexicano, con quien es muy posible que tuviera conocimiento personal. Citaba *Fígaro* en sus escritos—caso único—a Iturbide y a Bolívar. Cuando habla de La Habana, del Golfo de México, o de la sierra del Arauco, el lector de estas orillas del Atlántico, siente que Larra sabía, al referirse a esas realidades geográficas nuestras, en qué lugar exacto del mapa estaban y qué había pasado en ellas de importante para la Historia del Hombre. Apasionado de la política en cuanto esta palabra encierra de vida y realidad, es difícil que ignorara—enterado como estaba de todo lo que en su tiempo ocurría—las luchas en que estaban empeñados, por esos años, nuestros países de América que ya habían logrado su independencia, para lograr de España, el reconocimiento de la misma. En sus escritos, es posible, encontrar alusiones.

En 1837, algunos americanos, los cubanos y los portorriqueños formaban parte integrante—¡y por cuántos años todavía!— de la monarquía española de la que era súbdito también el insigne escritor contemporáneo de Saco, de Del Monte, de Heredia, de Luz y Caballero. Nacido como algunos de estos hombres nuestros, en los primeros años del siglo pasado, aunque más joven que todos, le tocó vivir una misma época, experimentar idénticas influencias, concebir aspiraciones similares, sufrir las mismas trabas, padecer análogas persecuciones...



Mariano José de Larra

Conocieron —el escritor madrileño y los cubanos que he mencionado— las mismas celebridades mundiales. Presenciaron idénticos espectáculos. Frecuentaron algunos círculos comunes. Tuvieron reacciones semejantes o disímiles, pero que eran producto de las mismas circunstancias. Como Heredia y como Del Monte, Larra— con menos técnica que el último y, desde luego, menor inspiración que el primero—también hizo versos. Como Gorostiza, hizo comedias inspiradas en Moratín. Como Saco, fué diputado electo a las Cortes de España sin poder llegar nunca a trabajar en ellas en pro de sus verdaderos ideales. Como Luz y Caballero, Larra conoció personalmente y gozó de la estimación de celebridades mundiales.

No terminan ahí los puntos de contacto de *Fígaro* con los cubanos y mexicanos ilustres que fueron sus contemporáneos. Con alguno de ellos tuvo estrechas amistades comunes. En unión de otros, experimentó las influencias literarias y políticas que estaban en el ambiente mundial y trataron, cada uno en su esfera y a su modo personal, idénticos motivos, desarrollando en sus medios respectivos análogas influencias. Larra cantó en España sucesos que en Cuba, también movieron el estro de poetas criollos. Y en la Capital de la metrópoli marastra la causa de la igualdad de los americanos con los españoles,—entonces limitada a la participación en las Cortes de Madrid de los Diputados de Cuba— no tuvo mejor abogado que ese periodista madrileño. La obra de Larra fué gustada en Cuba y en toda nuestra América, desde los mismos días en que la iba produciendo, tanto más que en España y fué apreciada en este Continente tan aprisa, que no debemos olvidar, españoles ni americanos de hoy, el hecho de que fué en América —¡como los ferrocarriles!— antes que en España, que se imprimió la primera colección de los escritos de *Fígaro*.

Pero no son estas consideraciones las únicas que me hacen fijar —ojos y mente— en estos días de destierro—¿no estamos los hombres casi todos, un poco desterrados, del país, la época o el momento en que realmente quisiéramos vivir?—en la simpática figura del genial suicida de hace un siglo.

Vive el mundo en la hora actual —1937 —días semejantes a los que viviera y muriera Mariano José de Larra. A varios años de distancia han ocurrido en diversos países del mundo, hondas y tremendas transformaciones políticas. De una manera similar a la época de *Fígaro* con respecto a las revoluciones de Francia, de la América entera, en nuestros días llega a toda partes, la conmoción que ha producido en el siglo XX, la Revolución de México y de Rusia—las revoluciones de Rusia y del mundo todo. En los primeros años, de la centuria anterior, los nombres de Washington y de Saint-Just, de Napoleón y de Bolívar, de Iturbide y de Canning atronaron el mundo, como ésta está llena hoy con los nombres de Madero y de Lenin, de Mussolini y de Stalin, de Hitler y de Eden, de Roosevelt y de Cárdenas... *Ancien Regime* y Clasicismo, *Nouveau Regime* y

Romanticismo; Liberalismo y Moderantismo, Fascismo y Comunismo, Vanguardismo, Neoclasicismo...

Si Delacroix causaba escándalo en los días de Larra, ¿es que no lo vienen causando ahora Picasso y Diego Rivera? Thorvaldsen y Cánova eran aceptados y admirados en ese momento como hoy ya lo son Rodin y Bourdelle.

¿Y ya en el terreno de las ideas políticas? 1837: monarquía absoluta, constitucionalismo, despotismo ilustrado, republicanismo, conservadorismo, liberalismo, democraticismo, *sabelismo, carlismo,* socialismo (Larra fué traductor de Lamennais), militarismo... 1937: cesarismo democrático, autoritarismo, tecnicismo, radicalismo, comunismo, fascismo, militarismo...

Entonces como ahora, la situación de España preocupaba a Francia, a Inglaterra, a Portugal, a la Prusia, a Rusia y a la América. Entonces como ahora fracasaban planes y proyectos interesados para poner paz—paz de Varsovia—en la guerra civil de nuestra España.

. . . .

Entonces como ahora,— entonces más que ahora, desorientación, maldad, abusos, vicios, fealdades, injusticias, hipocresía, privilegios, crímenes, abusos, miseria y hambre.

Además en la propia España actual está de moda el vocabulario de *Fígaro:* voluntarios facciosos—"planta peculiar de España", afirma el propio escritor—, carlistas, milicianos, tradicionalistas, Democracia, Constitución... Sus tipos reviven a los cien años: robustos sacristanes, lobos humanos, viajeros franceses, padres porteros. Juntas Supremas de Gobierna, villas revolucionarias... Creo que la única palabra que no conoció Larra, afortunadamente para él, de las ahora en boga, es la ya famosa, de *requeté.*

Larra vivió pocos años. No tenía treinta cuando por su propia mano determinó quitarse la vida, en gesto —en su caso— de consciente valentía. — Sensible, sentimental y sensitivo, como dijo otro alto poeta, y no teniendo manera de mejorar su medio, y no queriendo sufrirlo, hosco y doloroso, como se le presentaba, sin mujer a quien querer, ni poder realizar su verdadera obra, prefirió no soportar más su hondo dolor, su mal—mal del siglo—que ya empezaba a manifestarse más violentamente que en los días anteriores de Werther y de Jacobo Ortiz.

Larra vivió poco y no escribió demasiado. Sus obras, —concebidas y realizadas en menos de una década—no pasan de cuatro volúmenes en octavo. Sin embargo hay en todos ellos páginas inmortales. No podría yo presentar una selección de las obras de Larra, porque todas ellas me parecen igualmente buenas. Como dijo el inmenso escritor lusitano Eca de Queiroz, de su héroe favorito, hasta sus apuntes y tarjetas de visita merecen leerse... Los contemporáneos de Larra leyeron ávidamente todas sus producciones y la posteridad que cuenta viene concediéndole idéntica atención. Durante su vida y después de su muerte cuanto extranjero de valer, se puso en contacto con su espíritu o su obra, se convirtió en apasionado suyo. ¿Ejemplos? —Víctor Hugo, el Barón de Taylor, el periodista Lheritier, franceses; Alexander Everett, norteamericano; lord Clarendon, inglés.

Larra fué novelista y poeta, dramaturgo y periodista, observador, *junco que piensa,* según la expresión de Pascal. Hombre.

Y como hombre fué—a pesar de lo que dijeron de él a raíz de su muerte sus biógrafos más leídos—hijo obediente y cariñoso, estudiante aprovechado,—en pugna con el sistema académico de sus días, novio exquisito, padre amantísimo y previsor, amigo generoso, y amante de los que se matan por una mujer. Amante español. Amante como quiere la leyenda que sean todos los españoles y los que de ellos descendemos... ¿qué, no dice la canción:

...por una mujer
se pierde en el mundo
cuanto hay que perder?

Por una mujer se puede ganar todo. A eso es a lo que se debe aspirar. A eso aspiró Larra, pero éste también sabía antes que lo acuñara la frase de Martí, *que no hay hombre completo sin mujer.* Larra fué de esos hombres que no quieren ser incompletos. Como otro gran hombre del siglo XIX— a quien cada día van más mis preferencias —hubiera podido escoger para lema de su vida, el verso de Terencio:

Homo sum: humani nihil a me aliene...

Y por ser Larra hombre—el más hombre de todos los escritores españoles contemporáneos suyos—hombre definido— es por lo que su pensamiento y su vida me apasionaron hoy—a los cien años de su desaparición voluntaria y en estas horas actuales que está viviendo su patria, que es también la de cada uno de los hispanoamericanos que aspiramos a vivir tanto, como la primera vez que allá en mis años niños abrí, tomándolo del estante en que se guardaban los libros preferidos de mi padre, el primer tomo de las obras de *Fígaro...*

Sobre su vida y sus obras, sobre su pensamiento y sus ideales, tan modernos, volveré en breve a llamar la atención de los lectores.

Port-au-Prince, Haití, enero de 1937.

La balcanización del mundo

Por *B. SANIN CANO*

= De *El Tiempo.* Bogotá, febrero 15 de 1937 =

Hace cuarenta años las personas de mal gusto literario en América y en Europa recorrían con disimulado interés las novelas y crónicas de Richard Harding Davis para enterarse de la política internacional dominante en las repúblicas del Centro y del Sur del nuevo continente. Era de uso reírse cuando el novelista afirmaba que en muchas ocasiones resultaba difícil averiguar si la guerra había estallado entre Guatemala y Honduras o entre Nicaragua y el Salvador o entre las cuatro repúblicas, por diferentes motivos, a un mismo tiempo. La vida era tan triste y monótona en aquellos días, la falta de diversiones espirituales en algunas comarcas tan completa, que yo recuerdo haber visto a gentes honradas y discretas riendo de buena gana sobre las páginas ineptas y desgarbadas de Richard Harding Davis. Entiendo que diplomáticos europeos y estadistas de Washington apoyaban sus opiniones en las complacientes falsedades del periodista nombrado.

Aquellos eran los tiempos en que la prensa italiana hablaba con gran despego de las republiquetas americanas entregadas por inexorables leyes del destino a la férula, al látigo y al capricho de dictadores más o menos teatrales y más o menos transitorios. Desde México hasta Montevideo la sabiduría de los periodistas y de los hombres de estado italianos hacían aparecer a las gentes de América como otros tantos feudos de caciques ignorantes, crueles y especialmente hábiles en el manejo de la tramoya. Es cierto que hubo fantasmas de este género en el gobierno de los pueblos americanos; pero es valor histórico irrefutable que los Porfirio Díaz y los Vicente Gómez gozaron siempre de la simpatía de los gobiernos europeos y saxoamericanos y especularon en grande con esta simpatía.

En tal punto se hallaban las nociones que de la política americana del Centro y del Sur alimentaban los gobiernos de Londres, de Roma, de Berlín y Washington al abrigo de pensadores y cronistas como Richard Harding Davis, cuando el año de 1912 estalló la guerra de los países balcánicos contra Turquía, dueña hasta entonces de vastos territorios en la península. La guerra había sido preparada con tanto esmero por Serbia, Bulgaria y Montenegro, no sin la neutralidad benévola de griegos y rumanos, que el hombre enfermo, como llamaban entonces a Turquía, fué derrotado con ignominia en pocas semanas y habría sido arrojado de Europa con "equipaje y todo" según había clamado Gladstone 36 años antes, si el paso del Bósforo y la suerte de Constantinopla no hubieran sido causa de graves inquietudes para los estadistas de la Gran Bretaña. Terminada la guerra con Turquía vino la balcanización de los Balcanes. Primero la emprendió Bulgaria contra Serbia con menos éxito del que sus ejércitos tuvieron contra Turquía y luego fueron entrando Montenegro, Rumania y Grecia con tan insondables pretextos que los periodistas de buena fe ya no lograban ni localizar la disputa ni controlar sus propios sentimientos.

Perdieron entonces mucho de su importancia las repúblicas latinas de América, según dieron en llamarnos después. Los Balcanes eclipsaron a las repúblicas eternamente inquietas del trópico y sus vecindades en el Nuevo Mundo. Ya no se hablaba de revoluciones sudamericanas sino de la cuestión de oriente. La tranquilidad de El Salvador había sido suplantada por los nervios erizados de Bulgaria, Serbia y Montenegro. Las flores literarias debidas a Harding Davis y a los periodistas italianos, insuficientemente informados, cayeron en desuso. La geografía de Centro América que nunca fué la pieza de resistencia de los periodistas europeos, llegó a ser todavía más desconocida en los gabinetes y en las redacciones. Algunos periodistas llegaron a un estado tan grande de desprendimiento que cambiaban a Guatemala por Tegucigalpa y no se cuidaban de pedir adehala. Lo importante en ese momento era no confundir a Sofía con Belgrado o con Bucarest.

Por fin, Europa ha vuelto a tomar su rumbo histórico y se ha balcanizado toda ella. Antes de ahora los gobiernos constituídos y reconocidos, podían contar, según el derecho de gentes, con el apoyo, a lo menos, y seguramente con la neutralidad de los gobiernos legítimos. Ahora las potencias europeas, como en la era de los balcanes, auxilian los enemigos internos de gobiernos amigos y cuentan

(Concluye en la página 139)

Las ideas de Serena Barcos

= De *Eduardo Mallea*. En la muy interesante novela *La ciudad junto al río inmóvil*. Ediciones de *Sur*. Buenos Aires. 1936 =

Se hundió en su trabajo y en la cadena de pequeños hábitos de que éste estaba acompañado. En medio de la escrupulosidad natural con que se obstinaba por hacer de sus investigaciones un culto, no tenía trato sino con los médicos del laboratorio, los ayudantes que realizaban con sus delantales blancos la tranquila labor en los distintos departamentos, y algunas amigas de vida tan simple como la suya, con las cuales se divertía por la noche al ir a esta o aquella sala de espectáculos.

Semejante existencia de formas sobrias y morigeradas no le llevaban aburrimiento ni sordera ante las cosas que sucedían en el planeta; por el contrario, cada día se interesaba más en todo lo que fuera diálogo o meditación con respecto a los posibles remedios para el actual desconcierto social y la desnaturalización de todas las jerarquías.

Con su amiga Rosa Espláder asistieron varias veces a las reuniones de un grupo de obreros cultos donde se hablaba, sin pasión anárquica sino con estudioso y serio sentido, del examen de las más altas teorías del hombre para el hombre, del destino de las sociedades y las culturas, las ideas de Hegel y el desarrollo del materialismo dialéctico. Sin embargo, había en alguno de los hombres que tomaban la palabra en esas asambleas un fondo de resentimiento con el que la auténtica naturaleza de ella no podía conciliar.

Más o menos por esa época, en el restaurán donde almorzaba, la interrogó sobre sus ideas una empleada del ministerio, de voz gangosa y doctoral:

—¿De qué lado está usted?—era la pregunta.—¿Es marxista, socialista?

—Del lado de la justicia social—le contestó, friamente.

—¿Cómo puede creer posible el perfeccionamiento del ente social una persona como usted, habituada a observar la imperfección constante de que está hecho un organismo vivo?—dijo la empleada del ministerio, que era despierta.

—Los animales se destruyen entre sí cuando algo les ha sido arrebatado u ocupado—dijo rápidamente Serena Barcos. Y los organismos vivos son tan perfectos que no pueden vivir descompuestos. La descomposición es la enfermedad, la muerte. Hay una tendencia a deformar siempre las cosas y complicarlas. Ya ve, usted me habla de organismos vivos para disuadirme de mi posible esperanza y es precisamente el que usted utiliza en mi contra el argumento que yo puedo utilizar para justificar mis ideas. Precisamente un organismo no conoce más que dos estados: su normalidad y su descomposición. Sólo lo que está compuesto vive: composición quiere decir armonía, armonía quiere decir justicia; es la salud de estos principios lo único que puede evitar la descomposición del mundo.

—¿Realmente tiene usted esas ideas?

—No tengo otra preocupación—dijo Serena Barcos.

Decía esto sin énfasis, con una convicción áspera y las gentes reaccionaban mal ante su verdad violenta y sin cortapisas.

Por otra parte, los que la oían, habituados a prestar a su pensamiento no sometido, considerado como díscolo, el aspecto físico de algo desgraciado y sin encanto, concebían mal esas ideas rebeldes en una mujer hermosa, naturalmente distinguida de actitudes y naturaleza; se inclinaban a atribuir tal anormalidad a un vicio de soberbia—y se quedaban callados y perplejos ante el menosprecio que esta mujer joven parecía profesar frente a todo lo que fuera falseamiento o abuso de la vida.

. . . .

Curiosa, Antonieta Marquestau, mientras comían una noche frugalmente antes de ir al cinematógrafo, no había podido dejar de preguntarle:

—¿Has vivido siempre así, prescindiendo totalmente de los hombres en un sentido profundo, despreciándolos de tal modo?

Serena la miró, con aquella mirada hermosa, rápida, sin blandura.

—No —dijo— he tenido amores con dos hombres hace cinco años. Casi sin intervalo. Los dos estaban deshabitados: eran sexos. Piensa lo que son los seres deshabitados—una especie de muerte que vive por sus orgasmos.

. . . .

Ella no ignoraba las voces que corrían en su torno. Los rumores proclamaban que era demasiado hermosa para mantenerse pura. Más de una vez se lo habían dejado entrever en el laboratorio. Pero eso, como tantas otras cosas, la tenía sin cuidado. Estaba segura de cumplir funciones útiles en una sociedad cuyo mejoramiento vendría como una madurez. ¿Acaso era poca su preocupación por el género humano? Por el sentido de esta preocupación se sentía redimida, y en calma, sin grandes necesidades ni grandes emociones como no fuera su aspiración por llegar cuanto antes a una posible armonía universal en la que ella también tendría su parte. Miraba, en las calles, a las mujeres trabajadoras y a los hombres que dejaban sus ocupaciones con esa dignidad que confiere a un semblante la fatiga lúcida; miraba, al lado de eso, el aire de toda una burguesía adormilada; y se sentía cada vez más al lado de aquéllos, preocupada de lo que hacían, leyendo los libros, las publicaciones, las noticias que se ocuparan del destino de estas gentes —lo mismo que una persona que siguiera en espíritu al ser que está luchando por su propia vida, trabajosamente, en un cuarto próximo.

Carta alusiva

Sr. don J. García Monge,
San José de Costa Rica.
Compañero y amigo:

Acabo de leer—Nº 786 de Repertorio Americano*—un artículo de Juan Marinello en el que, al glosar ciertos acontecimiento del último Congreso de los P. E. N. Clubs reunidos en Buenos Aires, me obsequia sorprendentemente con el calificativo de "derechista". Sin duda ha encontrado ese "dato" en un artículo anterior del señor Luis Alberto Sánchez. Y se ha apresurado a vincularme con aquellos con quienes ni mis ideas ni mi obra tienen nada de común.*

Ahora bien, tan obvio es y tan notoria para los argentinos mi actitud en ese Congreso que no puedo rectificar sino con buen humor la extraña oficiosidad enroladora de los dos articulistas.

No, yo no soy ni he sido nunca fascista. Me he opuesto siempre al fascismo.

Deploro—sobre todo en el caso de Marinello, acerca de quien tantas veces he conversado con mi amigo Waldo Frank y de quien he recibido y admirado no hace mucho la bella Poética— estas ligerezas de información.

Es terrible que los escritores americanos nos conozcamos tan mal.

Con mi ruego de que publique estas líneas—porque me importa su lectura por quienes viven lejos de Buenos Aires y no saben lo que aquí pasa—, le envío mis expresiones de amistad y admiración.

Eduardo Mallea

s/c. Ayacucho 1249.
Buenos Aires. Argentina.

Otros poemas

Por JORGE CARRERA ANDRADE

= *Envío del autor*. El Havre. 1936-1937 =

Biografía para uso de los pájaros (1)

Nací en el siglo de la defunción de la rosa
cuando el motor ya había ahuyentado a los
(ángeles.
Quito veía andar la última diligencia
y a su paso corrían en buen orden los árboles,
las cercas y las casas de las nuevas parroquias,
en el umbral del campo
donde las lentas vacas rumiaban el silencio
y el viento espoleaba sus ligeros caballos.

Mi madre, revestida de poniente,
guardó su juventud en una honda guitarra
y sólo algunas tardes la mostraba a sus hijos
envuelta entre la música, la luz y las palabras.
Yo amaba la hidrografía de la lluvia,
las amarillas pulgas del manzano
y los sapos que hacían sonar dos o tres veces
su gordo cascabel de palo.

Sin cesar maniobraba la gran vela del aire.
Era la cordillera un litoral del cielo.
La tempestad venía, y al batir del tambor
cargaban sus mojados regimientos;
mas, luego el sol con sus patrullas de oro
restauraba la paz agraria y transparente.
Yo veía a los hombres abrazar la cebada,
sumergirse en el cielo unos jinetes
y bajar a la costa oloroza de mangos
los vagones cargados de mugidores bueyes.

El valle estaba allá con sus haciendas
donde prendía el alba su reguero de gallos,
y al oeste la tierra donde ondeaba la caña
de azúcar su pacífico banderín, y el cacao
guardaba en un estuche su fortuna secreta.
y ceñían, la piña su coraza de olor,
la banana desnuda su túnica de seda.

Todo ha pasado ya, en sucesivo oleaje,
como las vanas cifras de la espuma.
Los años van sin prisa enredando sus líquenes
y el recuerdo es apenas un nenúfar
que asoma entre dos aguas
su rostro de ahogado.
La guitarra es tan sólo ataúd de canciones
y se lamenta herido en la cabeza el gallo.
Han emigrado todos los ángeles terrestres,
hasta el ángel moreno del cacao.

El Havre. 1937.

Viaje

Unánime y azul sublevación del mar,
sus muchedumbres líquidas, sus motines de sal.

Todo un derrumbe de montañas rotas
y un súbito silencio que se vuelve gaviota.

Me voy mezclando, mar, a tus tumultos
y al cielo que se mece en tu inmenso columpio.

En grito o resplandor tu presencia se muda.
Ofrecen tus bandejas unas garzas de espuma.

Tus insectos de luz se mueven a millares
como un fluir de arenas, o de astros, o de
(edades.

Mi cuerpo entra en el flujo de tu eterno tra-
(bajo,
oh acarreador de sal en volúmenes diáfanos,
conductor de yeguadas salvajes que galopan
hasta el mismo horizonte a la redonda,

claro aprendiz que mides el talle de las islas,
picapedrero azul de golfos y bahías,

prisionero infinito que, entre rocas y dunas,
arrastras la cadena perpetua de la espuma.

Defensa del domingo

Isla de soledades y campanas,
los días nos arrojan hacia tu acantilado,
tu cima de reposo y de candor,
tu inmensidad que surcan las horas y los pá-
(jaros.

Tu masa de luz nueva surge en medio del
(tiempo
y tu oro semanal reparte gradualmente
animando jardines
y volviéndonos ricos de parcelas celestes.

Como al lecho o espuma ansiada tocan
nuestros cansados pies a tu último peldaño
o conmovida cúpula con pájaros de vino
que celebran la dulce vacación de las manos.

Náufragos semanales, llegamos a tus costas
a saciarnos de luces
y a buscar la palmera del reposo
o el plano del tesoro escondido en las nubes.

Una monja, la lámpara

Tus hábitos no alcanzan a ocultar
tu corazón de fuego.
Una aurora desciende de tu toca.
Tu mirada de niebla descubre un universo.
En cura de silencio y resplandor, aplicas
con tus diáfanos dedos
sobre la frente un bálsamo impalpable,
enfermera del sueño.

Cuando las cosas visten su camisa de noche
tu beatitud vigila
y tu voz débil cuenta sus grutas de tesoros,
nocturnas galerías
y bodega sin nadie
y ese sudor de luna de las minas.
La sombra te vuelve ángel o paloma
o astro domesticado o medusa cautiva.

Un palpitar de libros abiertos y de párpados
tu aparición señala.
A los muebles reclusos reconfortas
con tu presencia pálida,
y una playa de niebla con peces de fulgor
crea bajo la toca tu mirada,
a la vera de un cuerpo que el sueño ata y
(sumerge
en su fiebre profética de rostros y palabras.

El Havre. 1936.

(1) Título del libro actualmente en prensa.

No y no

Por aquel entonces comenzaban a constituírse los dos frentes opuestos, y en ese manifiesto decíamos que nos parecía que los hombres conscientes de las más altas exigencias del bien común, no deben dejarse empadronar en ninguna de las dos formaciones contrarias existentes en la actualidad. "Creemos que deben responder no a los que "por cerrar el camino al fascismo" querrían enrolarlos entre los que tienen un ideal materialista del trabajo y de la vida humana y enseñan que la religión es el opio del pueblo. Y creemos que también deben responder no a los que "por cerrar el camino al comunismo" querrían enrolarlos entre los que comprometen las ideas y las virtudes de orden, autoridad y disciplina, con prejuicios e intereses de clase, con una concepción demasiado estrecha del interés nacional y con un desconocimiento inhumano de la dignidad del mundo que trabaja, y que con harta frecuencia consideran la religión como medio de gobierno temporal.

(De *Jacques Maritain* en el No. 27 de *Sur*. Buenos Aires, Argentina, diciembre de 1936).

Lo de la "sala de los horrores"

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración. Costa Rica y marzo del 37 =

Los plumarios que la agencia de propaganda hitlerista tiene organizados en Alemania están lanzando improperios contra el Alcalde de N. York, Sr. Fiorello H. La Guardia. El funcionario yanqui por segunda vez demuestra públicamente su repudio al régimen nazi. Cuando unos hombres llenos de inconformidad penetraron violentamente al barco alemán anclado en muelle nuevayorkino y destrozaron la bandera de la cruz gamada, que es la insignia del aparato de esclavitud nazi, el Alcalde amparó a todos los procesados y en palabras que también atrajeron contra él denuestos, los absolvió con valor. Ahora ha dicho que el amo de Alemania comete tanto crimen, que en la exposición que debe celebrarse en su ciudad próximamente, tendría que reservarse para ese amo el "salón de los horrores". Lo ha dicho siguiendo el impulso natural de sus principios anti-nazis. Y la jauría hitleriana ha lanzado el mismo alarido de persecución. Como precisa hacer escándalo internacional afirman que el Alcalde ha injuriado al pueblo alemán compuesto de sesenta millones de almas.

Mas el mundo sabe que en la voz acusatoria del Alcalde de Nueva Yor no hay menosprecio para ese pueblo oprimido por un régimen bochornoso. Las conciencias honradas protestan contra el hitlerismo precisamente para ayudar al pueblo alemán a libertarse del oprobio. Mentira que en Alemania surja espontáneo el apoyo al déspota. Una nutridísima red de persecución cubre las manifestaciones libres de ese pueblo. Para silenciarlo aplican el terror en todas sus formas. Los campos de concentración son numerosos y están distribuidos por toda Alemania. En ellos son recluidos todos los desafectos al régimen. Y allí sufren las mayores vejaciones. El propósito es imponer una sola mente obediente a los mandatos del amo. El que intente apartarse del rasero fijado es enviado al campo de concentración en donde hace vida de presidario.

No hay libertad de hablar ni de pensar en Alemania y quien quiera comportarse como persona y no como esclavo siente inmediatamente el azote hitlerista. El despotismo es horrible. Por eso el Alcalde de Nueva York ha pedido una "sala de los horrores" para consagrar en ella a la vista del mundo al representativo del régimen. Y la jauría lo persigue en nombre de sesenta millones de alemanes. Mentira sin igual. El funcionario yanqui ha tenido el buen rasgo de arrugar la cara cuando le ha apestado la cosa hitlerista. E! caso tiene su lección de importancia.

Lección para estos pueblos gobernados por gente asustadiza y amiga de bailar en la cuerda floja. Ahora oyen al funcionario yanqui de alto mando condenando precisamente a uno de los amos que ellos admiran. Y se encuentran con que ni siquiera les queda el miserable y pueril recurso de aplicar a ese funcionario el mote de comunista. Cuando es el hombre de conciencia libre el que se subleva por los atropellos de los sátrapas, saltan esos mandones con todo su aparato de exterminio y en nombre de un principio anti-comunista, acaban con la conciencia libre. El amo de Alemania trata de gobernar diciendo que hace la cruzada contra el comunismo. Y lo creen los babiecas y le hacen coro. El Alcalde de Nueva York ha disparado contra el amo Hitler. De suerte que su tiro es para la figura principal de uno de los regímenes más odiosos de Europa.

Le ladra la jauría y él debe oírla seguro en su puesto de alto funcionario. Aprovechemos el incidente y hablemos de él a los timoratos de por acá. Digamos que las relaciones internacionales no son tan vidriosas cuando es necesario atacar las satrapías. No se quiebran con facilidad, porque al sátrapa le es difícil aventurarse en una guerra, sabiendo que ese estado le traerá la sublevación interna. Si el hitlerismo echó a su pueblo a la guerra para defenderse, es muy posible que ese pueblo se aproveche de las armas que le den para hacer la revolución. El funcionario yanqui sabe que el hitlerismo sólo vive por el aparato militar organizado. No hay grandes masas populares dando fundamento al régimen. La jauría le ladra recio para dar la impresión de que la protesta viene de entrañas populares. Si contaran con simpatías habrían crecido las manifestaciones de las masas contra las palabras del Alcalde de Nueva York. Pero el silencio ha sido la etapa inmediata.

¡Y el amo digno de "la sala de los horrores" invocando contra el Alcalde un pueblo de sesenta millones de almas! Pura soberbia hitleriana que es la peor de las soberbias en esta época tumultuosa. Por soberbia hitleriana está España sufriendo la espantosa guerra desatada contra ella por la militarada. Un brazo de esa satrapía se tendió contra España dejando caer tropas mercenarias y medios de destrucción. El Alcalde de Nueva York ha debido pensar en los horrores internos de Alemania. Pero estos que vemos en España son aterradores. En el salón que debía reservarse al hitlerismo en la gran exposición de que habla el Alcalde, sería preciso demoler sus paredes y edificar cien salones para llevar a ellos los horrores de la guerra de España. Cien salones inmensos y en cada uno de ellos el registro de las iniquidades de las mesnadas de aire y tierra llevadas a España por el hitlerismo.. El hitlerismo en asocio del fascismo italiano quiere repartirse a España y la han vuelto campo sangriento de lucha. Y al mundo que desfilara por una exposición semejante habría que representarle la obra satánica del régimen. Vería el mundo verdaderos horrores. La destrucción de Madrid, la inicua destrucción de Madrid planeada y ejecutada sistemáticamente por la demencia de los invasores hitleristas. La destrucción de inmensas masas populares que huyen aterrorizadas cada vez que las tropas mercenarias ocupan un pedazo de España. Huyen abandonándolo todo antes que sufrir la humillación de estar junto al invasor. El mundo vería esas destrucciones vandálicas. Es necesario ponérselas de manifiesto al mundo para que conozca los procedimientos hitleristas. En España aplica en grandes proporciones lo que en Alemania tiene implantado para sofocar la protesta de un pueblo sometido a todos los vejámenes.

¡E imaginarse que el hitlerismo pretende acabar con España para reducirla a protectorado de las dos satrapías. ¡Acabar con España! que tiene su pueblo de virilidad ejemplar y ha dicho que los fascismos no lo dominarán. Allí los tiene con todos los poderosos recursos bélicos mordiendo el polvo y hundiéndose en una zona de perdición. No saldrán triunfantes de la aventura miserable en que la más repugnante codicia los ha metido. Están sangrando al pueblo español, pero ellos se abrazan en su propia demencia y no triunfarán. Asesinan inhumanamente grandes masas populares como consigna para amedrentar. Han importado para su militarada las armas de mayor capacidad destructora. Pero sólo encuentran frente a ellos la virilidad indomable de un pueblo que quiere permanecer libre para demostrar a los conquistadores ensimismados que a un pueblo no se le vence cuando está unido.

Los horrores que hacen digno al amo de Alemania de una sala de exposición deben alentar a los amigos de España para no cesar en la tarea combativa. El Alcalde de Nueva

---

La estrategia de la historia

La historia no enseña a ganar batallas; perdería su tiempo en pretenderlo. Bonaparte ganó batallas toda su vida, y perdió la que era capital para él: la de Waterlóo. Thiers expuso extensamente a los franceses la estrategia de sus grandes batallas, interiorizándoles en todos los secretos que les habían dado el triunfo; a poco andar, los franceses perdieron todas las batallas que tuvieron que dar con los prusianos. ¿Por qué?.... Porque hay una estrategia de un orden mucho más elevado cuya enseñanza es sobre la que debe insistir la historia.

Lo que ésta debe enseñar como regla infalible de victoria, es que los gobiernos dirijan su país con los hombres más honorables y eminentes que se hayan señalado en la opinión pública, para dar organización a los elementos morales, que son los que ganan las batallas finales. Tened un espíritu amplio y elevado para gobernar, llamad a la acción a aquello que pueda realzar y encantar a los pueblos, servid a la libertad, y no hagáis favoritismo ni gobiernos personales si queréis celebrar las victorias definitivas, aquellas que no quedan expuestas a perderse.

Ahí tenéis la decantada robustez de los imperios napoleónicos. El zócalo de granito y bronce que sostenía la colosal robustez del imperio romano, se desmoronó como tierra removida el día en que le faltaron los principios de la vida libre y la cohesión moral que ella da a las naciones. Inspiráos en las virtudes impersonales del mando; gobernad por la opinión y por la honradez, no hagáis política de opresión, de perfidia o de intriga, y entonces tendréis los talentos que organizan y ganan las victorias finales de una causa. Si no tenéis a la mano esos talentos, tendréis algo que vale más, un pueblo libre y bien inspirado, que aun con hombres mediocres, como Liniers, salvará el suelo de la patria; o tendréis algo más, un San Martín, un Brown, que llevarán vuestra bandera irradiando gloria por todo un con-

(Concluye en la página 140)

York ha roto los fuegos desde una posición oficial de importancia. Y ha demostrado así que no son intocables los regímenes opresores cuando no hay detrás de ellos masas populares respaldándolos, siquiera obligadas por el terror. A estos pueblos se les quiere imponer la prohibición humillante de censurar tales regímenes. Aprovéchense de la lección dada por el funcionario yanqui y organicen la lucha recia contra la terrible maldad cuyas obras están patentes en España. Lo estaban en Alemania y en Italia, pero con ser escenarios controlados por el mismo régimen, pasaban desapercibidos. En España han adquirido el más horrible perfil y ya el mundo puede mirarlas en su sombría realidad. Obras de maldad ilimitada que indican el ánimo de universalizarse. Si en España triunfaran los fascismos, el mundo los tendría ensangrentándolo con el mismo ímpetu miserable. Pero en España acabarán su papel satánico. Están acabando su papel dominados por el coraje de un pueblo que no quiere dejarse dominar.

El escritor y la cultura en el Perú

Por LUIS ALBERTO SANCHEZ

= *Colaboración.* Santiago de Chile, enero de 1937 =

Desde hace algunos años parece asordinada la literatura *en el* Perú, aunque no la literatura *del* Perú. Los últimos libros producidos *en* el Perú no logran interesar a los lectores americanos, no obstante de que entre ellos hay algunos, como los de Fernando Romero y Pedro Barrantes Castro, en lo novelístico, Pedro Benvenutto en lo científico y José Hernández y Emilio von Westphalen, en lo poético, que tienen efectivos méritos. Pero, parece como que fueran voces mancas. Hay algo de amordazado, de mohino, de tácito, que no llega a levantarse más allá de lo corriente, no obstante de observarse en algunos de ellos—tal Fernando Romero, marino y escritor—cualidades que, en otro ambiente, culminarían en libros mejor logrados.

El fenómeno en sí no puede dejar de ser anotado y examinado. No faltará comentador riente y superficial que conteste, presuponiendo mi explicación :"Lo que L. A. S. quiere es que todos los escritores sean apristas". Siempre el simplismo fué patrimonio de los superficiales y faltos de contenido humano. Para el vulgo la muerte es la ausencia de la respiración, y la respiración no es sino la presencia de la vida. Esto le basta al *vulgo*, que no es lo mismo que decir *pueblo*, ya que hay hartos cultos que no salen de lo vulgar y viceversa.

Algunas veces he tratado de sondear el fenómeno de la literatura última y penúltima del Perú, y siempre que me he asomado a ella he tropezado con el escollo indicado. Pero hoy, que tengo a mano dos revistas y algunos libros—*Palabra* y *Altura* se titulan las revistas—, no puedo resistir al deseo—al deber— de examinar en público lo que, en privado, he tratado de discriminar muchas veces. Y mientras abundan publicaciones del género inócuo, sin calar en lo hondo de ningún problema, y lo más trémulo y significado aparece en tierras extrañas, vale la pena escudriñar la presencia de tal fenómeno.

En 1935 y 1936, años de dictadura sin freno, la producción de los escritores cincuentones que andan uncidos al régimen, ha sido casi nula. Fuera de la literatura conmemorativa del cuarto centenario de Lima, que es, en gran parte, literatura de tipo virreinal, apenas si han dado algo más con relación al Congreso Eucarístico, que, si nó virreinal, tampoco marcó un período de liberación. Tal vez el único—o de los pocos—que ha tenido en aquel grupo, actividad literaria, pero típicamente literaria, es Ventura García Calderón quien ha lanzado dos tiradas aparte de artículos—*Un Congreso de la lengua Castellana*, París, 1935, y *Cómo era aquel español*, Bruselas, 1935— y los volúmenes: *Para una antología de la limeña*, Bruselas, 1935, *Aguja de marear*, Garnier, 1936 y *Le sang plus vite*, París, 1936. Entre los más jóvenes y sobre todo, entre los penúltimos, la cuestión es distinta.

Hay un sector considerable de intelectuales en el Perú que sólo puede producir a la sordina e ilegalmente. Otros, en el destierro. El libro novelesco más importante de los últimos años es *La serpiente de oro* de Ciro Alegría, desterrado aprista, el cual obtuvo el premio Nascimento de Chile, el año pasado. Para que se comprenda lo que es el ambiente literario—periodístico del Perú— bastc decir que, al principio, en varios diarios limeños se presentaba a Alegría como una sorpresa, cuando ya había publicado cuentos y versos no sólo en diarios y revistas del Perú, sino en Buenos Aires, Cuba y Chile. Se trataba de ignorar la biografía de un escritor vigoroso, en su arte y en su vida. El otro libro fuerte que aparecerá en breve ha nacido en la Penitenciaría: *Hombres y rejas* de Juan Seoane, documento de una fuerza tremenda y de un gran dramatismo, difícilmente igualable. Poetas como Juan José Lora, Nazario Chávez Aliaga— tuberculizado en la mazmorra—, Alcides Spelucín; pensadores y magníficos prosistas como Antenor Orrego; líricos como Nicanor de la Fuente, y tantos más, andan dispersos por la persecución o el destierro. Otros no pueden volver y son de resonancia un poco más allá del campanario: César Vallejo, Armando Bazán. Y no nombro a los que me andan más cerca ni me refiero a Haya de la Torre, de quien han aparecido tres libros en estos dos años dramáticos, por no parecer parcial.

Otros hay que apenas han llegado a captar la gran publicidad y han tenido que virar hacia la literatura clandestina, dedicando su talento y su cultura, su dinamismo y su vida, a la propaganda. No menciono a los que quedan en el Perú, porque es peligroso, pero me referiría solamente a uno de los de esa promoción que ha iniciado su producción en Buenos Aires y es casi desconocido en el Perú: Andrés Towsend Escurra. El representa por manera evidente el equilibrio entre el humanismo y la pelea, entre el intelectual puro y el afiliado político, y realiza en su corta, pero ya considerable producción crítica, una ecuación difícil de realizar, entre la ponderación intelectiva y la disciplina militante.

No todos pueden proceder de tal manera. Sería pecar del más absurdo e intransigente sectarismo afirmar que quien no se sacrifica no tiene derecho a vivir. El mundo no es sólo para ascetas ni para héroes. Un paradojista diría que, precisamente, es necesario que existan los pecadores para que resalten los santos; pero cuando el pecado es el del Bajo Imperio, y Maximino recibe la adulación de los plumarios, entonces el pecado no es el índice de la santidad de los virtuosos sino señal de la culpa de los otros.

Palabra, por ejemplo, que está piloteada por un interesante sector de la juventud literaria—José Hernández, Champión, Alvarado Sánchez, Martín Adán, Xavier Abril— (que volvió al Perú) — Westphalen, Núñez, etc.,— tiene un lema realmente consolador: "en defensa de la cultura". Plausible empeño; lo malo es que el concepto de cultura, en sí, se halla sufriendo aguda crisis, y que la manera de defenderla no es la que tan fácilmente se plantea en los corrillos. En las reuniones de París, a que asistieron Paul Valery y el Conde de Keyserling, se formuló esta cuestión. En la última reunión de los P. E. N. Clubs de Buenos Aires, se volvió sobre el asunto, con la participación de Jules Romains, Emil Ludwig, Benjamín Cremieux, Victoria Ocampo y Baldomero Sanín Cano. En la reunión de escritores argentinos, que ha glosado últimamente un hombre nada sospechoso de heterodoxia, Manuel Gálvez, se discutió el punto. Pues bien, si leemos las páginas de *La revolución mundial y la responsabilidad del espíritu*, de Keyserling, encontraremos que ahí enrostra al intelectual muchas flaquezas, sintetizándolas en una máxima, que he citado mil veces "inteligencia obliga". Los acuerdos de esas asambleas siempre coinciden en que el escritor tiene el deber de defender la cultura y que la cultura se halla amenazada por la dictadura. El último libro de Stefan Zweig—*Una conciencia contra la tiranía*—traza de modo magnífico el cuadro de la opresión de un gobierno autocrático sobre las conciencias y la libertad de examen. Calvino arrolla toda traba para anonadar, primero, a Servet y, luego, a Sebastián Castellio. El escritor que suponga que la cultura está en la neutralidad, no sabe que la autocracia es enemiga de la cultura. Que ella puede permitir ciertas formas de "civilización", pero nunca de cultura. Porque ahí donde no hay libre examen y libre expresión del pensamiento, hasta el relato de un idilio encuentra trabas, porque la coacción se dedica primero a las expresiones meramente políticas, pero, luego, cebada por la tolerancia y la sumisión, avanza sobre lo sexual, sobre lo estético, sobre la vestidura inclusive. La *divisa punzó* —Groussac popularizó el término —y la camisa parda no son meras coincidencias. Obedecen a una escala que empieza en cero y no se sabe a donde concluye.

Los pilotos de *Palabra* han lamentado la muerte de García Lorca, ninguno llega al patético quejido de Antonio Machado, ni a la protesta de León Felipe, más que por deficiencia de inspiración o destreza, por ausencia de libertad para expresarse libremente. La cultura queda así reducida a su mínima expresión: a lo estético y a la investigación erudita, al debate jurídico y a la disquisición filológica. Nada más. Pero la historia tiene otro camino de investigación que el meramente bibliográfico. Y la ciencia jurídica afronta problemas sustantivos, que son precisamente la esencia del Derecho tan conculcado y preferido.

Decía Charles Lalo que las tiranías suelen

(Concluye en la página 142)

El rosario

Por MAX JIMENEZ

= Colaboración. Costa Rica y marzo del 37 =

Don Rómulo Artavia es comerciante: cuando yo tenía vacas le compraba el afrecho de trigo. Don Rómulo es comerciante y buena persona; no veo razón para que las dos cosas no puedan producirse simultáneamente. Hay artistas buenos que son malas personas.

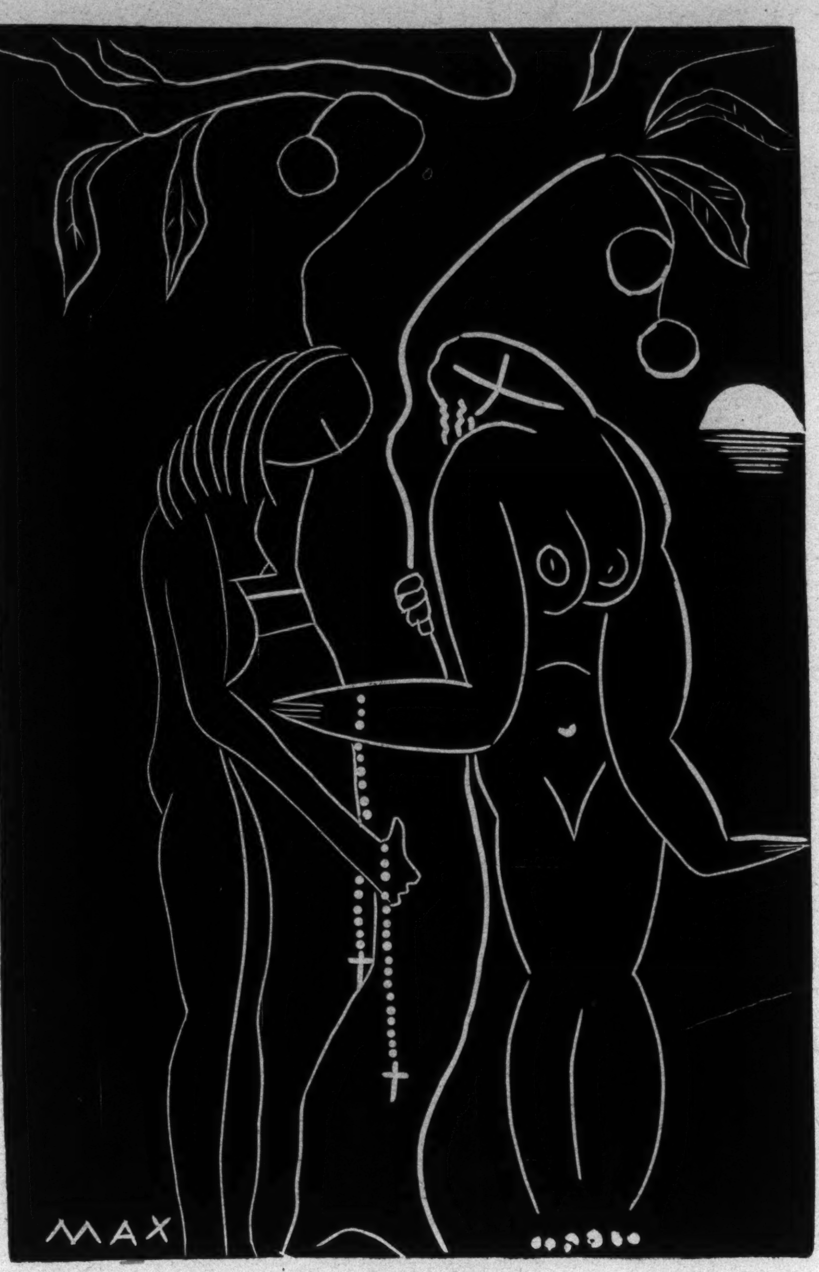
Don Rómulo es muy devoto del niño Jesús; por eso da rosarios festivos para los niños huérfanos, de los asilos. que son más o menos de la edad del niño Jesús.

La imagen del niño Jesús de don Rómulo, es de tamaño natural del niño Jesús, con una cruz, y ojos grandes y tristes, además tiene un cinturón de cuerda. Cuando cantan el rosario, allí dicen que el niño parece alegrarse; o a lo mejor se alegra, pero desde luego, dentro de su tristeza.

La fiesta se efectuó en los patios de café. El niño se colocó entre flores de papel arriscado, otras eran naturales, varitas de San José, muchas luces de colores, también como rosas.

Como en esas ocasiones el sentido místico crea la paz o la tormenta, el viento se soltó soplándose a sí mismo. El viento se viene en bocanadas del mar. Los accidentes de la tierra le quitan la monotonía a la vida, el miedo nos hermana, el frío nos une, el calor nos liberta, las tempestades nos unen con Dios.

En tales fiestas el viento necesita estimulantes, entonces se cuelgan tiras de papel de colores. El viento se entretiene.



Madera de *Max Jiménez*

El rosario, ahora, está íntimamente ligado con la muerte, los rosarios sacan a las almas del purgatorio. La voz tiene el poder de suspender las penas a los cuerpos que todavía tienen frescos los pecados mortales.

Antiguamente, el rosario, llevaba cuenta de las oraciones unidas al sacrificio de la repetición; en Ninive existió una estatua de dos mujeres en actitud mística, al lado del Arbol Sagrado, sosteniendo en la mano un sagrado rosario.

Thais, la divina pecadora, que por el pecado llegó hasta Dios, se llevó a la tumba, para la momificación del cuerpo y la libertad del alma, un rosario.

El Rey Malabar, contaba la repetición de sus conversaciones con el Señor por medio de sartas de piedras preciosas.

Anteriormente, entre los mismos egipcios, en una cuerda anudada se contaban las actitudes parecidas a la Cruz.

San Alberto, se postraba cien veces, y murmuraba la eterna oración, que bendice el vientre de la madre de Dios.

Los rosarios de Don Rómulo, en los patios de café, algo se apartan de esos sentidos generales. Se mueven dentro de la caridad, se habla mucho de la caridad, no, no se habla de la caridad, se insinúa, se practica.

Bien podría ser la caridad como el aire libre, bien podría ser pobreza como las jaulas. Tal vez la caridad sea soltar, tal vez la caridad más que dar sea poner alas.

La oración al aire libre le llega más rápidamente a Dios, la oye mejor; a Dios le molestan las paredes. Jesús hablaba en los montes y en los ríos, y sudaba sangre en los olivares. Jesús, el hombre de la sed de los cántaros de las samaritanas, y de la cruz sobre la altura como los pájaros en vuelo.

Las letanías, con el mismo sentido de la repetición siguen al Santo Rosario, porque la oración tiene que ser como las olas, como los días, y como las noches. Eterna y siempre la misma y siempre otra.

Oraciones salidas de esos libros de misa, que aprisionan profundísmos recuerdos, de seres que no se nos irán, nunca, jamás, como los pájaros que en sus últimos momentos de vida, crean un vuelo futuro, manso, blando y eterno.

La admirable monotonía que pide misericordia a la primera mujer de las mujeres y de los hombres:

Madre amable,
Torre de marfil,
Salud de los enfermos,
Refugio de los pecadores,
Reina de las vírgenes,
Virgen de la paz, Virgen de la paz
Virgen de la paz...

Vela urbana

Por YOLANDA OREAMUNO

= Colaboración. Costa Rica y marzo del 37 =



Madera de Max Jiménez.

He llegado temprano. Tal vez sólo a la muerte se llega demasiado temprano. Ya estaba la casa repleta de gente. Desgraciadamente tengo que atravesar el *hall* y hacer una cadena de saludos. Ya empieza también esa incierta y extraña turbación que me sube coco algo marroso a la garganta cuando tengo que saludar. El saludo debe legalmente ir acompañado de una sonrisa, pero resulta que lo hago y cuando ya he vuelto la cara y la persona no se puede dar cuenta de mi buena voluntad, es que revienta esa sonrisa amarrada y difícil.

La pobrecita ha venido subiendo desde el estómago, por la garganta, trepando una escalera de esfuerzo por la boca, en la lengua, y va a parar a la punta de la nariz. No puede con el impulso que lleva quedarse en la boca y sigue hasta los pómulos, y entonces es que la veo, la tonta, la ficticia, la atrasada. Yo creo que la sonrisa se hizo para los ojos y la boca, nunca para los pómulos y la nariz; pero allí se agarra, con desesperación, como un trapo, avergonzada y torpe, se queda allí colgando como una estúpida y no hallo la manera de hacerla bajar. Siento casi deseos de pasarme la mano por la cara para borrar el manchón.

El señor a quien iba dirigido el manchón era de los conocidos, de los que les corresponde la sonrisa de entrecasa, de semanear, pero ahí llegó cuando yo estaba frente a una señora a quien siempre le he caído pesada y no se quiso quitar antes de que yo saludara a un señor con quien hay que ponerse seria.

Aquella señora gorda que está parada junto a la victrola siempre me crea un vergonzoso conflicto íntimo. No la llamo porque no sé que nombre se le puede dar, ni la beso, ¿o la beso? Ella espera muy sonriente con la cara rajada por una mueca sin dientes, un poco bondadosa. Siento que me va a pellizcar. Yo dudo. No, no dudo. Estoy decidida. Pero. ¿De qué lado se puede besar a una señora con unos mejillas tan agresivas? He decidido que no en lo íntimo. Pero ella, ha decidido que sí y repentinamente se pone seria. La seriedad ha bajado un tanto sus carrillos, ya está más sensible. Sin embargo, yo insisto en que no. Pero, qué le voy a decir. Le voy a dar la mano. Ella no espera ese gesto y la agarraría de la cintura con seguridad. Un abrazo es más difícil todavía. Y en un arranque de coraje, cierro los ojos y estiro la cara. ¿Es esto un beso? Es más beso sacarse la lengua y éste me supo a pelo de maíz.

Estoy triste, ¿qué se hizo mi sonrisa? La pobre y ridícula sonrisa que me costó tantas contracciones del esófago. Pero debo empezar otra vez...

Allí, en aquella silla en el comedor, creo que estaré mejor para esta noche interminable. La toco y me convenzo de que es bastante aceptable. Tomó posesión definitiva de ella. Estoy cerca de la puerta y en contacto directo con un chiflón.

En el cuarto siguiente pasando el zaguán, hay tres camas y también una silla y mucha, mucha gente. Allí están los que lloran. No me siento en ánimo de llorar y prefiero quedarme en el comedor. La gente que está en las camas ya no cabe allí. Han colocado caritativamente en ellas a los parientes más cercanos y algunas mujeres defienden encarnizadamente su puesto pensando con mucho acierto, que es muy incómodo dormir en una silla.

Nadie tiene compasión de aquella chiquilla que llora desesperadamente con un hipo húmedo. Le dicen frases y le hacen cariño en la cabeza y le arropan las piernas con cualquier toalla. La señora de la sonrisa está sentada a la cabecera. La chiquilla se le acurruca y le pregunta insistentemente que por qué se murió su mamá.

Ahora es ella suavemente maternal. Si no le dijera nada su compasión sería perfecta. Se le ha suavizado la cara y su mano tiene electricidad cuando acaricia la cabecita rubia y llorosa. La chiquilla casi se ha dormido. La señora tiene muchos hijos, seguramente por eso su compasión es suave, tierna y efectiva.

Los demás lloran y lloran.....

Me he vuelto al comedor y empiezo el décimo cigarro. Son las nueve de la noche y comienzan a circular rondas de café tinto para sostener el desvelo. En la cocina no se hace más que café. Sí se hace algo más. Hay mujeres afanosas que llenan bolsas, que sirven galletas y despachan sirvientas. Ellas probablemente se pasarán la noche en eso. Nunca han entrado en esa cocina, pero ahora son señoras de casa en actividad. Con agilidad y soltura se desenvuelven dentro de una aureola de responsabilidad. Se deben sentir horrorosamente responsables y maternales. Nos están cuidando a todos con insistencia, con tenacidad. Algunas creen merecido un descanso y se sientan alrededor del moledero, con café y galletas desde luego, a contar cuentos de espantos y de tristezas, y a arreglar con una consciente suficiencia la situación de la familia que arriba está llorando. Se sienten terriblemente cómodas en la cocina con su cargo, ese cargo que se arrebatan unas a las otras con desesperación. Tienen que quedar muy bien indudablemente.

Yo he decidido con un profundo sentido de ética no tomar café.

Me vuelvo a acomodar. En frente hay uno de esos antipáticos relojes de pared que dan las horas y cantan una piecita. La cuarta parte, quince minutos: la toca y uno se queda pendiente esperando el resto. Es como si la hubieran cortado de un brusco tajo. Hay que esperar otro cuarto de hora... ¿Qué largo? La piecita sigue en vías de realización. Ahora..... No. No termina todavía y mi espera es ya ansiedad. Nunca había estado esperando una majadería tan grande como ésta. La aguja camina despacito, despacito. Mi corazón quiere coger el compás del tic tac. Siento algo que me mueve las piernas y casi me hace cosquillas. Está temblando. Ya tendré que salir corriendo con la bien acomodada que estaba. Pero no. Es demasiado rítmico este golpe en mis piernas. Ahora lo siento en los brazos y en la espalda. Es mi corazón que está como loco porque no puede alcanzar el reloj. Ya otro cuarto de hora y la piecita está casi completa, sólo le falta un pedacito muy chiquito. Pero de tamaño suficiente para llevarme a la desesperación. ¡Maldito reloj, y maldita piecita y maldito tiempo! Y no pasa. Y no pasa. Se debe estar burlando de mí. Entre más me excito más pierdo terreno en esta lucha con el reloj, más me desacompaso. O se desacompasa mi corazón que me sacude como un idiota. Me turbo, he perdido el compás nuevamente como algunas veces al bailar. Trato de encontrar alguna excusa absurda para dársela al reloj que ya no se ríe a carcajadas sino entre dientes, entre el diente postizo y sucio de su péndulo. ¡Qué vergüenza! No sé como salir del apuro. Vuelvo a ver el reloj. Pero si yo no tengo la culpa, fuiste tú por insistir en llevar el mismo són. ¿Quién dice que todo debe ir a cuatro tiempos? Hace mucho que no hacía esto. Debe de ser por falta de costumbre. Más bien, nunca lo había hecho antes.

Estas disculpas sólo logran aumentar mi turbación. Creo que un

color se me va y otro se me viene.

Tal vez el reloj me compadece porque en ese momento toca la piecita. Es un airecillo un tanto marcial. Creí que me iba a quitar este peso de encima; pero nó. ¡Qué de tonteras! Casi lo mejor es no pensar en el reloj. Me ha dejado en ridículo y la piecita está tan sin terminar como en el primer cuarto de hora.

No estoy sola en el comedor. Hay dos o tres personas sentadas aquí. Nadie le ha tenido apego a este cuarto. Debo de ser, yo sospecho, porque el ataúd está en el cuarto de enfrente. O casi en el mismo cuarto. Este comedor está unido con el ot o por un arco y allí atra esado e tá el ataúd. Gris. Con una enorme corona roja a los pies. Casi parecería una ofrenda de amor. Pero las coronas tienen también forma de corazón. Está terriblemente bella con el fondo opaco de la estancia.

Pero he visto esta noche algo más bello y más grande. Tan grande que me sentí microscópica al lado de esa muchacha. Es hija también. Está aquí sentada conmigo. Hay una sorprendente serenidad en su cara. Se para a veces, demasiado a menudo, con suavidad. Tiene en ese momento una expresión casi alegre; no sé si del todo, pero llana, clara. No ha llorado ni llorará. Atraviesa el comedor. Ya yo sé lo que va a hacer y casi me da un escalofrío, de los que dan cuando se está en un lugar muy alto. Camina con elegancia. Está bien con la paz y serenidad de este cuarto. No lleva ningún apresuramiento pero va derecha. La sonrisa al llegar es casi de satisfacción. Abre la tapa de madera del ataúd y con la sonrisa y con la mano y con los ojos le hace cariño a la muerta. Tiene el dolor grande esta muchacha. rubia. Se siente uno contagiado de tanta paz, de tanta serenidad, de tanta calma.

Cuando alguien dijo a su lado y mirando a la muerta que pobrecita, ella con una sorpresa ingenua en la cara contestó: ¿Por qué? Y como razón terminante: Si ya se curó. Ahí se está una. dos horas, hasta que alguien rogando que no se maltrate la arranca del sitio. Si no se está maltratando, no sería acorde la mortificación con esa posición de grandeza. La gente dice bajo que no tiene sentimientos. Y yo diría alto que quisiera tener tan vasto y limpio el querer.

Cuando se sienta habla con nosotros de cualquier cosa. Hay tanta limpidez en su cabeza como en su interior. No existe sofocación en ella. Comenta, razona, Es la única que ve claro la manera de arreglar las cosas.

Mi admiración es casi un nudo en la garganta. Siguen hablando y yo sigo fumando. Ella después de un rato se vuelve a levantar.

Una de las muchachas es ahí un retrato de abatimiento y congoja y debilidad. Está tan pálida y delgada y descompuesta. Yo siento la misma compasión caritativa de las señoras de la cocina cuando reparten café.

Voy al cuarto de las camas y pido un sitio para ella. Tengo que movilizar a una señora. Esa, la que está durmiendo desde las ocho. Con gran satisfacción respira hondo a todo lo largo de la cama, respira desde la cabeza a los zapatos. La almohada (porque hasta almohada consiguió) debe estar blanda y calientita. Porque duerme tan bien! Da una vuelta. De cuando en cuando abre un ojo. Escruta el horizonte a ver que conviene decir. Abre el otro ojo. Quiere y hace desesperados esfuerzos porque creamos que ha estado velando. Por eso es que en cuanto despierta habla, trata de ensartar a la conversación una frase que parezca continuación de alguna anterior. Borra el tiempo de un brochazo y corre a alcanzar a los demás. Debe sentirse un tanto perdida, avergonzada, hasta tal vez dudará sobre lo que pudo hacer mientras dormía. Vuelve a ver las caras que la rodean. Se pregunta si aquella será una expresión irónica. De la turbación sólo se sale hablando, hablando atropelladamente. ¡Entonces ella con con un rebrote de optimismo llora (en ese momento cree oportuno llorar) y comenzando con puntos suspensivos o con "y" para que parezca no estar desconectada su frase de la conversación general, dice entre parpadeo y parpadeo: "...y tanto que le pedí a Dios que se muriera siquiera el lunes (el sábado se casaba su hija) y no me lo quiso conceder".

Una lágrima, un suspiro y se vuelve al rincón. Ya está dormida otra vez.

Yo dejo concluída mi obra de caridad y regreso al comedor.

Son las dos de la mañana. Cuando se viven las horas sin nada que hacer, el tiempo es vida pura. Las manos están en el regazo, el alma corre. Cada minuto vale no por lo que se puede hacer en él sino por sí mismo. El tiempo es el personaje total de nuestra escena. Todo se vuelve reloj en el organismo a esta hora. Voy de un cuarto al otro. El que no duerme acostado, cabecea sobre una silla. Ya el decoro de la posición se perdió hace mucho rato. La idea de dormir es obsesión en todas las cabezas. La noche late como un inmenso corazón.

No debe pasar nadie por la calle, debe estar oscura y negra, el pavimento tiene que haber retirado su dedo blanco de enfrente de la casa. Los dos pinos deben no ser, en esta soledad y silencio. Los pinos más que belleza son musicalidad, un pino sin viento no sería un pino. Porque no hace viento esta noche, no sé por qué conducto extraño nos llega este frío intenso, húmedo, casi lloroso. Debe ser que el aire se ha congelado en indiferencia sobre la casa y sobre los pinos.

Salgo al corredor. Sí hay una luna, luna pequeña y miedosa. Cuando yo llego ella se mete en la boca de dos nubes. Pero ya salió otra vez. Casi no se piensa en una hora como esta. Es una situación extraña, yo no sé si estoy pensando. Talvez estoy pensando que no pienso. La calle, las casas no dicen ningún significado para mí. Todo está diluído dentro y fuera en una vaguedad anónima. Casi no se siente la vida. Es así la muerte. Este no sentir. ¿Estaré parada o sentada? No tengo ninguna pregunta que haceme a mí ni al exterior. Todo es densamente pesado. No me he movido hace mucho rato; creo que no podría hacerlo. Sólo puedo pensar en el posible movimiento. La pierna está rígida contra el suelo, los brazos en la baranda del corredor, las manos no sé ni dónde. ¿Si quisiera moverme podría hacerlo? ¿Responderán mis músculos dormidos a la voluntad? ¿Pero tengo voluntad? ¿Tengo deseo de moverme? Creo que no. ¿Se me habrá muerto el cuerpo? Mi mano se ha movido y no necesitaré voluntad para hacer este movimiento. Creo que no es ésta mi mano. Debe ser la de alguien que no conozco porque la mía, la que yo tenía, está apoyada ahí sobre la baranda. Estoy segura. Si volviera a ver se me dibujaría su silueta tan conocida contra la madera. Pero no volverá ver. Mi cabeza está muy bien, así sobre los hombros, en aquella posición que ya no recuerdo ni cual pueda ser.

De pronto veo mi mano ante mis ojos, contra la luna. ¿Cómo se vino hasta aquí sin que yo lo notara? No hay duda. Es mi mano. Se ve casi esquelética contra el fondo de noche, casi creería que unas venas azules y finas están allí. Pero prefiero no ver nada. Mi mano se va otra vez porque seguro no quiso sentir detrás la luz cruda del amanecer que empieza.

Me voy para adentro. Contra lo que pensé no me ha costado nada este movimiento total de mi cuerpo. Creo que me empujó un viento demasiado frío.

Me siento otra vez en el comedor. Ya no está tan solo. Hay varias señoras tratando de conseguir público para un Rosario que nunca se rezó y luchando más va-

Compañeros de trabajo

Madera de L. de Artiñano.

(Concluye en la página 140)

Luis Cardoza y Aragón

Por FERNANDO BENITEZ

= De *El Nacional*, México, D. F. =

La poesía es la única prueba concreta de la existencia del hombre.

L. Cardoza y Aragón

La vida libre de lazos y ataduras del artista, cuya mejor y más trascendente ocupación es hacer poesía, no en función de presente, sino de eternidad, podría ejemplificarla, iluminándola, la vida de Luis Cardoza y Aragón.

El ha cumplido su sino y lo ha llevado siempre con la alegría serena del predestinado.

Podría alegarse que su juventud es un obstáculo para los fines del ejemplo. Pero en este caso, informando toda su vida, como la sangre que corre debajo de la piel, una vocación la ha permeado por entero, cargándola con la esencia secreta de las vocaciones extraordinarias.

Más que una biografía de actos, de momentos, nos interesa hacer aquí una biografía de ideas. De esas ideas que son en ciertos hombres las constantes invariables de su acción. Cardoza sólo ha tenido una constante: la poesía, en él pasión y norma de su vida.

Sus ideas están colmadas de esa alta inquietud, y sobre los actos cotidianos, al grado que aventuras y andanzas palidecen ante el resplendor de su vocación, se encuentra siempre su poesía.

La poesía es, pues, en este caso, la prueba certera de la existencia del hombre, y el que pretenda fijar los rasgos salientes de su personalidad tendrá que recurrir a ella y juzgarlo en función de su temperamento, olvidado de cualquiera otra secundaria preocupación.

Nace en una ciudad ilustre: Guatemala la Antigua, y a los 17 años inicia su peregrinación, yendo a París a estudiar medicina por satisfacer un interés de familia.

Naturalmente en los dos años que permanece en la Facultad no estudia medicina sino que hace poesía. Al fin ocurre lo inevitable y se decide a romper de una vez por todas con las influencias ajenas a su vocación dedicándose por entero a lo que va a constituir la actividad preferente,— casi podríamos decir exclusiva—del hombre.

Es su primer rompimiento y ya lo tenemos moviéndose por cuenta propia, sin ataduras, sólo con su inquietud y su pasión en el ancho campo del mundo. Está ruptura señala la norma de sus nuevas actividades. Desde entonces, estará siempre solo y se ganará la vida escribiendo, sin importarle gran cosa la comodidad, atento únicamente a las mil influencias, caminos y voces que París ofrece a un poeta extranjero de veinte años.

Vive en el Barrio Latino, el Luxemburgo, suscrito a dos célebres librerías que le proporcionan las últimas novedades.

Se pasa las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, no a la manera de Don Quijote, sino en otra más parisina, aunque mucho menos edificante.

Escribe sus primeros poemas: *Luna Park*, *Maelstrum*. La poesía es la única preocupación en esos libros donde ya se advierte el sello personalísimo del artista, el aire y el tono de su obra restante, el juego y el refinamiento característicos en él que son al final el desprecio de todo refinamiento.

Baudelaire, Laforgue, Raimbaud, Isidore Ducasse son el antecedente cercano de su poesía y también las constantes armoniosas y profundas de su obra.

La evolución, —mejor dicho la liberación —aquí se cumple definitivamente y alcanza su madurez creadora.

Es difícil explicar una determinación semejante, los íntimos y escondidos motivos del por qué se rompe con una sensibilidad y se adopta un nuevo género de expresión en arte.

Las mismas palabras de Cardoza servirán para entender el secreto de esta reacción contra el academismo, contra la estilización que personalizaban cumplidamente en América Darío y Chocano.

Es que para él, "el momento fué siempre original, siempre revolucionario, está en su propia naturaleza y no en el requerimiento de la época. Su manera de ser se encuentra organizada con no sé qué extraña soberanía".

En la esencia misma del gran artista está el ser revolucionario, aprovechando el momento presente, sí, pero sin condenarse a su limitación, cargada con la extraña virtud del sentimiento que salva la muerte con la soberanía austera y magnífica de lo trascendente. Y cuando no se es original, es inútil que se pretenda serlo. Lo mismo podría decirse del que pretenda darle un significado revolucionario a su obra cuando no lo tiene. Lo original—casi siempre revolucionario—es virtud propia y Luis la posee como don sobrenatural y distingue todos sus menores escritos.

Lo característico en él, es ese deseo vivo y sincero de entender el presente, una gran inquietud por todo el arte occidental y un afán de conocer, de revisar, de encontrar sugestiones y caminos, confirmaciones de todas sus ideas torales, en ese momento de su vida todavía imprecisas, pero ya pujantes y henchidas de fuerza.

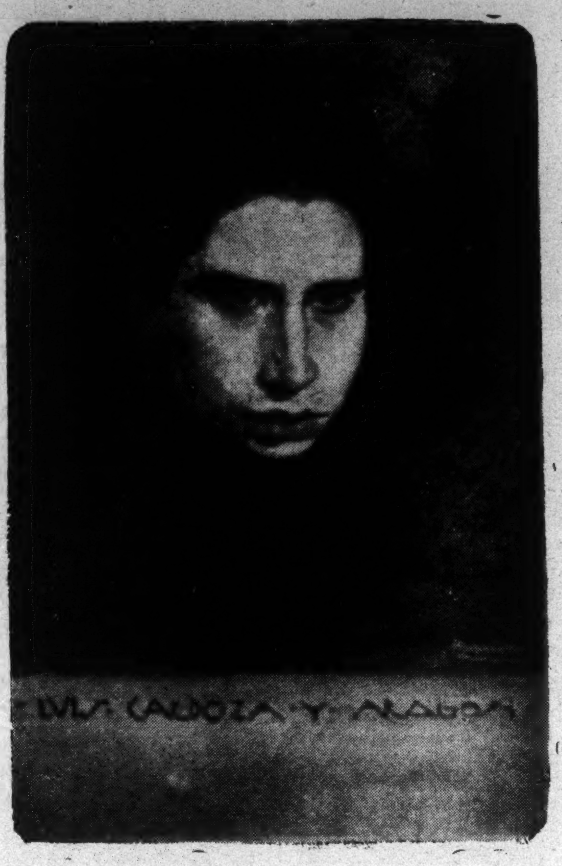
Así vive en Europa, viajando por Italia, por Francia, por España, estudiando arte, visitando museos y galerías, familiarizándose con hombres y rumbos, teniendo oportunidad de rectificar sensaciones y apreciaciones.

A su vuelta, se da en él: "el caso estrafalario del americano que regresa americano a América, después de una larga permanencia en Europa".

A la inversa de lo que pudiera creerse, del generalizado concepto que se tiene de estos "descastados", Cardoza, mientras más año pasaba en Europa más americano se sentía. Americano en un nuevo y original aspecto: verdaderamente americano.

La nueva sensibilidad, la suma de experiencias acumuladas, lo hace ver con raro juicio que lo que llevamos realizado en América, la obra hecha, es en verdad muy poca nuestra. Todavía nuestra voz no está limpia de mixtificaciones, no alcanza su genuino sonido y la rara calidad que debe serle propia.

Para el hombre que entiende que la debilidad de México sigue siendo el folklore y que el folklore le ha impedido crear un arte nacional, y en cuya obra no se encuentra lo que se tiene por típico—sarape, nopal, charro—, es indudable que se le mire con desconfianza, que se le tome por una especie de anarquista de lo sagrado típico y lo pin-



(*En* 1925).

De la política como un apostolado

El espectáculo actual del mundo obliga al observador a preguntarse si para preparar una nueva edad no se necesitaría primero más mártires del amor al prójimo. Los hombres que adopten la actitud política que he intentado indicar aquí, tendrían de todos modos la seguridad de ser detestados por uno y otro extremo. Lo cual no prueba que estén equivocados.

"Imaginémonos una hermandad política de hombres decididos a volver a tomar con modalidades distintas, en cuanto que deben recurrir a medios de guerra, los métodos —traspuestos al orden temporal— de los cristianos de otra época y de los apóstoles de todos los tiempos. Usan, ante todo, medios que hemos llamado aquí medios de edificación orgánica, esforzándose, por ejemplo, sea lo que fuere de las disputas de los partidos por el gobierno del Estado, en crear en el pueblo órganos y modos nuevos de vida política y económica. Pero no sólo emplean todos los medios ordinarios que la legalidad pone a su disposición y que, en rigor, no son medios de guerra; cuando es menester, hacen la guerra por el sufrimiento voluntario; practican la pobreza, aceptan las penas infamantes, salen a su encuentro proclamando la verdad a todo trance, negándose en ciertos casos a cooperar en la vida civil o tomando iniciativas al margen de la ley, no para desorganizar el Estado o ponerlo en peligro, sino para obtener la abrogación de una ley injusta, testimonio en favor de un derecho, imponer cambios reconoci-

(Concluye en la página 141).

toresco tradicional.

La tragedia estética de nuestro Continente —aunque sea dicho así, con estas horribles palabras—, la razón por la cual—con excepción de la pintura— no haya un arte genuinamente americano, se debe a que no se ha observado lo propio nuestro con los ojos que no sean franceses o españoles.

Luis cree que el medio es en América siempre superior al hombre.

Y en su deseo de entender el medio despojado de influencias extrañas, ha creado su obra, profundamente americana, que debe ser profundamente humana, distinguiéndola toda una honda originalidad revolucionaria de trascendencias insospechadas.

Razón de su dinámica

Los escritos casi siempre tienen un valor autobiográfico. Y en pocas obras se acusa de manera tan diáfana la sensibilidad y el pensamiento de un hombre, como en los escritos de Cardoza, todos ellos empapados de su carácter íntimo, resplandecientes de sus ideas tan peculiares y tan fáciles de identificar como suyas.

El admirable ensayo que dedicó al arte de José Clemente Orozco es una pieza donde Cardoza expuso con maestría los principios más caros de su estética.

Muchas de las virtudes que Cardoza y Aragón encuentra en Orozco, son virtudes suyas; la trascendencia de su crítica— aparte de su calidad extraordinaria— se debe a que valorizó, sin proponérselo, su arte y a las razones que han movido su dinamismo poético. De allí el alcance del ensayo y esa libertad y el vuelo dichoso del concepto, la alegre y profunda comprobación de una similitud, el descubrimiento de dos sensibilidades paralelas.

Si Orozco supiera escribir, habría dicho seguramente de Cardoza lo que éste dijo del mejor pintor de América. Y si Cardoza pintara, lo haría a la manera de Orozco, porque las razones de su arte son idénticas y se encuentran a la base de su personalidad, informando todo el proceso artístico, dándole ese carácter de grandiosa originalidad que en vano se buscaría en otra parte.

Al explicar el arte del pintor, Cardoza y Aragón explicó el suyo, presentando el camino para llegar hasta la íntima esencia de su poesía.

"El poeta—decía Baudelaire— no es de ningún partido; de otra manera, sería un simple mortal".

Cardoza, como verdadero poeta que es, no pertenece a ningún partido, no se afilia a ninguna bandera, ni busca color alguno para teñir su doctrina.

El poeta está por encima de las contingencias de la hora, y el arte, en su universalidad, no se limita al problema diario, sino que aprehende lo eterno del fenómeno y lo convierte en ley categórica y trascendente.

El "en sus ideas artísticas, en sus ideas sociales y políticas, es el mismo: una naturaleza rebelde, austera, definida. Habría sido revolucionario en cualquier época, al contrario de muchos de sus "colegas" uniformados por el tiempo".

Esta línea de su pensamiento hace " que de un sólo golpe, sin vacilaciones, con originalidad verdadera, alcance—desde el primer libro—madurez".

En toda su obra no sólo se advierte la misma mano, sino la misma postura y libertad como notas invariables y distintivas.

Claro es que el artista ha evolucionado desde los tiempos en que publicara: *Luna Park*. Pero en esta ascención no se encuentra una sola caída, un abandono siquiera momentáneo de la línea espiritual que se trazara.

Su último libro, todavía inédito, *Espuma de Agujas*, que es también el libro preferido, servirá para ilustrar mejor que ninguna otra explicación el mecanismo de que se vale.

Espuma de Agujas es un psicoanálisis. Escrito automáticamente, sin control de la razón, tratando de expresar lo más oculto de su pensamiento y de su sensibilidad. Para lograrlo tuvo que seguir procedimientos nuevos, interpretaciones paranoicas, buscando concretar y hacer realismo con el sueño.

Es un libro cargado de sugerencias inauditas. Las cosas más imprevistas y lejanas se juntan de pronto, se funden en un maridaje violento, que a fuerza de violencia aparece como el más natural que pudiera buscarse.

Diálogos de personajes de cuento— caracoles y alondras— con elementos que sí es posible que dialoguen. Emplea cualquier sujeto, por trivial que parezca, llevado de una sola preocupación: realizar poesía.

"Sólo lo verdaderamente significativo para él toma cuerpo en sus paisajes que siempre son mentales. Le organiza con referencias personales, como parte del hombre, ya incorporado a él, en su beligerancia permanente en contra de la supremacía de la naturaleza. Le interesa como enemigo. Nunca hay alusión precisa; no es descriptivo, alegórico, simplemente. Siempre manifiesta su inadaptabilidad, su equilibrio personal impuesto. La naturaleza se le propone como una foresta de símbolos. No hay discurso filosófico, didáctico, narración alguna. Su poesía siempre posee la gloria de ser inexplicable".

Y en otra parte de su crítica dice: "su contenido es tan intensamente humano, que a veces se diría animado por una pasión sobrehumana. Organiza un mundo con su moral y su belleza que le obliga a liberarse hasta constituir una propia realización vital. Su materialismo es la forma más pura y atormentada de su idealismo recalcitrante".

Y lo que es en Cardoza una alegoría, un símbolo sin pretensiones didácticas, encierra un contenido humano de calidad insuperable. Es siempre el hombre el tema del poeta.

Cardoza necesita darle fisiología a su ideal. Hacer algo sobrenatural en la fisiología; necesidad de confundir, de tornar indiferenciables el cielo, la tierra de su fantasía y la realidad; de hacer lodos con ellos; de identificar con el dragón el ángel, y llevar la basura, la escoria, las alimañas, al cielo de los lirios. Todo aquello que para los demás parece antipoético, es para él elemento natural.

El libro constituye un inventario de sus preocupaciones realizado fríamente. "Hay mucho de irracional y de delirio en su arte razonado como un método".

Sueños, preocupaciones, experiencias, sentimientos, en toda su fuerza, en su frescura primitiva, con su retorcimiento de delirio y su estremecida pasión, están expresados con frialdad, el inconsciente convertido en sistema y en método razonado. De aquí la originalidad de su poesía, libre de influencia extraña, limpia de antecedentes y de intervenciones.

En la poesía de Cardoza se encuentra la misma pureza de expresión que guiaba a los antiguos escultores aztecas.

El indio sádico, sanguinario, cuya diosa del amor pare un cuchillo de pedernal, concreta sus sentimientos en Coatlicoe, la tétrica deidad de la muerte y también fabrica las estatuas de sus dioses con maíz y frutos preciados, sangre y cabello de las víctimas, simbolismo casi vuelto fisiología en su sensibilidad torva y oscura.

Cardoza escribó en su ensayo sobre Clemente Orozco esta convicción suya que destacamos por ser representativa: "no busca persuadir, probar nada en la obra de arte. Abomina de esa primaria noción de utilidad ahora que todo se inclina a la utilización hasta convertirse en algo heroico el libre ejercicio del espíritu". El poeta se nos ha entregado por entero, con su pasión desnuda y la vocación descubierta, exponiendo la gloriosa tragedia de todos los poetas.

"Hasta convertirse en algo heroico el libre ejercicio del espíritu...."

La balcanización...

(Viene de la página 130)

con el aplauso de las almas tímoratas en gabinetes menos audaces.

Por último los dictadores tan execrados de Sudamérica han pasado sus tiendas a la culta Europa y así como Estrada Cabrera confundía las comarcas de sus vecinos con la jurisdicción de Guatemala, los dictadores europeos borran linderos seculares con la tranquilidad de los dioses mayores. América sin ánimo docente, ni mucho menos evangélico, ha sido para Europa modelo de guerras balcánicas y de teatrales y sanguinarias dictaduras con aplauso de gabinetes y periodistas europeos. Acaso el curso natural de los sucesos llegue a convencer ya que no a los gobiernos, por lo menos a la ciudadanía desprevenida del viejo mundo, de que también es posible vivir debajo de regímenes de libertad y tolerancia, sin menoscabo de la vida general y para contento de la gente civilizada.

Opiniones de Waldo Frank

(*Nota de Luis Cardoza y Aragón*)

= De *El Nacional*. México, D. F. =

Este viejo amigo de la América Latina, uno de los grandes conocedores de nuestra idiosincracia de nuestra cultura, de nuestra naturaleza y nuestra historia, se encuentra nuevamente entre nosotros como invitado de honor al Congreso de Escritores y Artistas, organizado por la *Lear*, y como Jefe de la Delegación Americana a dicho Congreso.

No necesita presentación ninguna en México, ni la necesitaría en parte alguna de nuestra América o del resto del mundo. Waldo Frank es uno de los más grandes escritores norteamericanos del momento, universalmente conocido por su obra brillante y magnífica. Cautos siempre en el elogio, porque su exceso nada dice y se inutiliza y desvaloriza. no vacilo en decir porque es opinión universal de la crítica, que Waldo Frank es de los escritores universales representativos de la época.

Su presencia en el Congreso asegura su colaboración en problemas que él conoce con maestría, que han sido la pasión de su vida. Su palabra se ha escuchado en ocasiones semejantes en los Congresos Internacionales que se realizaron en Moscú, en París, en Nueva York. Las relaciones del artista con el público, la creación como expresión revolucionaria, los problemas de técnica del escritor, el arte al servicio de la revolución en el único plano posible para el arte: el del arte verdadero, han sido la base de sus discursos en los congresos internacionales. Sus disertaciones han sido siempre de la guerra europea o universal que está por desatarse en contra de las ideas renovadoras, en contra de los pueblos que defienden la cultura y el porvenir del hombre todo.

Actitud de Inglaterra.—Posición de León Blum.

"Es una política hipócrita la que ha llevado Inglaterra a lo largo del conflicto, política que ha favorecido enormente a la reacción. Alemania, Italia, paulatinamente han ido midiendo y aprovechando la indecisión, perfectamente estudiada, de Inglaterra, y se han aprovechado de ella. Sin esa política turbia, llena de lentitudes y trámites inútiles, de hipocresías, de demoras calculadas, el pueblo español habría acabado ya con los facciosos que sólo son unos traidores al servicio de los intereses capitalistas extranjeros".

El Nacional, publicó su carta a León Blum. Nos interesó muchísimo a todos, por su decisión, por su oportunidad, por la visión exacta de los problemas europeos y la solución que usted hacía entrever claramente.

"León Blum ha hecho un papel triste, ridículo, como jefe del Gobierno Francés. Ha mantenido una situación vaga, cobarde, terriblemente peligrosa. Ha sido una política llena de bluff y falsedad. Ha seguido el camino menos aconsejable para evitar la conflagración tan temida, conflagración que libra ya su primera batalla en España. Porque, le repito, no se trata de una simple lucha civil. Esto es demasiado claro, y no necesita explicación. Y, sin embargo, Blum, Jefe de un Gobierno, apoyado por mayoría de izquierda, ha heho un papel muy exiguo e insuficiente.

El libro de André Gide sobre su viaje a la U.R.S.S.

—Ha causado honda impresión en el medio revolucionario y en el medio reaccionario, el libro de Gide: *Retorno de la U. R. S. S.*. No hace sino unos ocho días desde la página editorial en que tuve el honor de saludarle hoy, me ocupé someramente de ese libro, aplaudiendo y defendiendo como eminentemente y ejemplarmente revolucionaria la actitud de Gide. ¿Qué piensa usted, Waldo Frank, de ese libro?

"Soy viejo amigo de Gide, amigo íntimo. Le conozco muchísimo y le admiro muchísimo. Le considero como el escritor más importante de Europa en nuestra época. Una especie de Goethe; todo inteligencia, inquietud, agudeza, y una extraordinaria claridad de juicio, una prodigiosa capacidad de captación y síntesis. Es uno de los más grandes creadores contemporáneos, uno de los grandes críticos. de los maestros verdaderos del presente".

"El libro de Andrés Gide —nos dice Waldo Frank— es como todo lo de él, un libro interesantísimo, perfectamente estructurado, aunque Gide, a veces, dé al lector inatento, al escritor de tercer orden, una idea de improvisación, de esquematización. Ello se debe naturalmente, a su propia maestría. Dice las cosas con tal exactitud y sencillez, y en tan pocas palabras que a veces se creería que dice poco. No necesita divagar, ni ampulosidad alguna. Es un gran maestro. Su *Retorno de la U. R. S. S.*, está construído de esa manera. Como sus *Diarios* admirables. Pero sólo él puede escribirlos así".

"Es un libro grande, sincerísimo, exacto en su mayor parte, éste de Gide a que aludimos— prosigue Waldo Frank. La actitud de Gide es desde luego ejemplar y perfectamente revolucionaria. Y quiero, sobre todo, destacar que es ejemplar. Es la actitud de todo aquel que es verdaderamente un intelectual. Mucho de lo que André Gide nos dice en su *Retorno de la U. R. S. S.*, lo dije yo en mi libro sobre Rusia, *Aurora Roja*. Estoy de acuerdo con lo que dice Gide en gran parte de su libro. Y como Ud. dice, es demasiado cándida la alegría de los burgueses y retrógrados por las críticas de Gide al régimen comunista. Y es, también, demasiado torpe, reaccionario y ridículo, el resentimiento de algunos escritores de izquierda por lo que Gide critica. Hasta debo decirle más, Cardoza y Aragón.

Canto elegiaco

(A *Pablo de la Torriente Brau*, muerto heroicamente en la serranía del Guadarrama).

Yo volveré, yo volveré
los ojos, las manos frías
que cierran chirridos
de goznes a la muerte
y a los toros negros
de cuernos clavados
en el polvo, de lenguas
clavadas en la espuma
bajo cielos de puños
y duros cardos afilados.

Yo volveré, yo volveré
el pecho y la frente
a la ausencia helada
de tu sombra sepultada
en el viento sin cruces
ni lágrimas de cera
señalando la tierra
sembrada de olivares
de miedo, de trigales
verdes de odios y rencores,
quebrada en islas de sangre
y de nieve, cubierta de nubes
de hélices y de pólvora
quemada en la distancia.

Por alto, solo, más solo.
Te he de ver solo, alto,
de pie sobre la voz
de relucientes aceros
disparados, de pie
sobre las aguas y el aire
poblado tu cuerpo
de ademanes ignorados,
huyendo despavorido
del llanto clausurado
de viudas y de madres;
de perfil hacia donde
se ausculta el ruido sordo
del plomo ennegrecido
hacia donde se siente
un rumor de resina quemada
y birretes y sotanas
encendidas por el furor
de las hostias consagradas.

Solo, solo, alto, más alto.
Te he de ver solo,
te he de ver allí,
en un bosque de grillos,
de gargantas y de yerba,
en un bosque de lirios teñidos
que suspiran por las espadas
desenvainadas, asomados
a los huecos sin fondo
de los corazones rotos,
donde las palabras cuajan
un imprevisto impulso
de metales y la piedra
húmeda se desviste
de musgo y de intemperie.

Te he de ver allí,
cara a cara, sin mirarnos,
en un perdurable vacío
de hombre desposado
con la tierra. La sangre
impasible, dormida
sobre el tiempo redondo
de la eternidad,
en una quietud muda,
transparente, blanqueada
por el lino... Tu cara dorada
por el vaho seco de la cal
*y las siempreviva*s.

Allí te he de ver, allí,
en un silencio largo,
caliente de sudor y de labriegos,
de rifles y cayados,
de barcos carcomidos
y coronas de algas;
de espaldas al ojo y la vigilia,
espiado por el filo de la muerte,
clavado en la nieve
desierta de la sierra....

El rostro fijo, inmóvil,
la misma mano fija,
apoyada en el cuero
ensangrentado, rescatado
de la charca derramada
de ti mismo, abandonada
sobre la niebla dolorida
de bolsas y me muero...

Yo... aquí, bajo la luz
hueca de las semillas
germinadas, frente
al esqueleto sin sombra
de un camino de pisadas;
sin labriegos, sin rifles,
sin sudor,
sin sangre,
sin cayados;
sin voz,
sin aire...

Ramón Guirao



Madera de *Laporte.*

Lo verdaderamente importante de este libro, de esta actitud de Gide consiste, no en que tiene o no tiene toda la razón, sino en que André Gide nos dice lo que ve, lo que siente".

"Soy más optimista que André Gide, acerca de lo que piensa de la Rusia Soviética, aunque no debemos olvidar que en su libro hay elogios grandes, merecidísimos, de aquel gran pueblo que los dos amamos tanto. Creo, sin embargo, que André Gide descuida dos aspectos. Y son éstos: no ve las presencias diversas y complejas de la vieja Rusia zarista en el presente. Y se olvida, también, de que mucho de lo malo que critica aparte de ser supervivencias de ese régimen aún no totalmente destruído en sus formas morales, psicológicas, se debe, también, al miedo del pueblo, del gobierno soviético por la amenaza constante de Alemania y el Japón. André Gide menosprecia estos factores. Por lo demás, mucho de lo que él dice lo pienso yo y lo dije en mi libro sobre la U. R. S. S.: *Aurora Roja.* La crítica de hombres como Gide siempre servirá, de manera incalculable, a la revolución. ¿Qué pueden interesarnos los timoratos, sean de izquierda o de derecha? Gide ha dicho lo que piensa con su sinceridad de siempre, con su maestría habitual; esto es lo que en realidad debe interesarnos".

—Pienso, Waldo Frank, que se podría hacer un buen ensayo sobre André Gide ofreciéndolo como ejemplo del anti-burgués por excelencia. Me parece que desde sus primeros escritos *Cuadernos de André Walter* encontramos, con claridad, ese mismo sentimiento revolucionario, esa inquietud y necesidad de cambiar la vida, ese interés por el hombre cósmico.

"A lo largo de la obra del maestro francés encontramos siempre esa preocupación, esa enorme inquietud. Mucho de él se podría explicar así y como reacción contra el medio. André Gide, naturalmente, ha sido revolucionario siempre. Es como yo; desde mucho antes de 1930 en que pasé a la acción, como él pasó también. Cristalizó en nosotros esa necesidad. La crisis mundial me sirvió para precipitar en mi esa decisión. Claro que yo, como Gide, ya era revolucionario. En mi primer libro *Nuestra América,* se termina con estas palabras: "En un mundo que se muere, la creación es revolución."

No soy militante de Partido alguno.

"No soy militante de partido alguno—prosigue hablándonos Waldo Frank.—siempre he sido artista y crítico. Hoy, más que nunca, soy eso y sólo eso. La política ha entrado por todas partes. La vida, la época en que vivimos es tan interesante y complicada que nos sentimos, a veces, como sin aliento para expresar todo lo que deseáramos de su complejidad y de la esperanza que ponemos en ella. La política ha invadido la vida inevitablemente, y he estado con ella en el campo de la justicia: por el mundo nuevo, con la izquierda, como todo hombre honrado, como todo intelectual verdadero. Se me conoce más en Hispano América por mi ideología de izquierda, por mis ensayos de crítica, por mis estudios políticos, que por mis creaciones verdaderas. Desearía que se conociese mejor este aspecto de mi obra que es para mí y para todos—estoy seguro— el más importante de mi vida. Acabo de publicar el primer volumen de un vasto tríptico que se refiere al hombre nuevo en el mundo nuevo. Mi obra es una leyenda, porque este hombre nuevo y este mundo nuevo, no existen todavía. Por él estoy con la revolución y tal es el tema de este esfuerzo de mi vida que es el más vasto de los que llevo realizado hasta la fecha. Este primer volumen se llama *Muerte y nacimiento de David Markand.* El segundo llevará el nombre bíblico: *Rahab.* Y el tercero no sé cómo se llamará aún. El libro viene desde las épocas pasadas hasta nuestro presente y se proyecta en el mundo de mañana".

Y como encontrara a Waldo Frank leyendo mi ensayo que publica el último número de la Revista de la Universidad Obrera, acerca de mi ponencia en la *Lear,* que originó tanto escándalo hace algunas semanas, le pregunto qué piensa de esos problemas. Y me dice:

"Sobre esto he hablado siempre en los diferentes Congresos de escritores y artistas revolucionarios. En lo general, estoy completamente de acuerdo con usted. Veo que somos aliados. Claro que en algunos detalles difiero. Strachey, por ejemplo, me parece un crítico literario muy mediocre. Pero, en lo general, es lo que yo he defendido siempre. Lo que debemos defender..."

De la política...

(*Viene de la página 138*).

dos como necesarios por la razón, preparar poco a poco, hasta el momento en que la tarea pueda caer en sus manos, la transformación del régimen temporal. Todos estos actos visibles no son, por ellos, más que puntos de afloración y prueba de una vida espiritual orientada hacia la perfección del alma. Al realizarlos, al sufrir con paciencia los malos tratos que se les inflige, tratan de quedarse sin odio y sin orgullo; ejercen severo control sobre sí mismos para no faltar nunca a la justicia, no admiten que la mentira ni nada que degrade al hombre venga a manchar su acción: aman realmente a aquellos contra quienes combaten, como aman realmente a aquellos por quienes combaten; todo el mal que se les hace es devorado por su caridad; antes de dar por fuera testimonio contra el mal, el amor lo ha quemado en sus corazones. Grande es su fuerza en el mundo porque sufriendo injusticia en cosas en que la injusticia debe ser vengada tarde o temprano sobre la tierra, obligan, por así decir, a la soberana Potencia a combatir por ellos; porque amontonan sobre la cabeza de sus enemigos las brasas vivas del amor, que consumen a la mala voluntad o la castigan; porque la energía del amor es una energía irradiante, que persuade y arrastra a los hombres. Y si pasa a un medio visible, esta irradiará mucho más allá de su propio poder".

(De *Jacques Maritain* en el No. 27 de Sur. Buenos Aires, Argentina, diciembre de 1936).

Vela urbana

(*Viene de la página* 137)

namente aún con el sueño. Yo las miro y casi no las conozco. ¿Son las mismas de anoche? Ya casi no las veo. Tengo neblina de la madrugada en los ojos que he cogido en el corredor seguramente. Concreto mi poder óptico. No las veo. ¿O las veo? ¿Están realmente allí enlutadas y soñolientas? ¿Me habré dormido yo también?

No me he dormido y sé que no he tomado café en toda la noche.

La estrategia de la...

(Viene de la página 133)

tinente. Eso es lo que da el entusiasmo, la fe y la fuerza del sacrificio con que se alcanzan las victorias justas y benéficas ante el veredicto del porvenir y de lá humanidad. Cuando eso falta se va fatalmente a la derrota en el capítulo final de una historia. Lo que es de sumo interés para todos es que sepamos por qué después de Marengo, de Austerlitz y de Jena, se continuaron dando tántas otras batallas y se obtuvieron tántas otras victorias sin que ninguna de ellas fuese final, a pesar de la acertadísima estrategia que el déspota desenvolvía en cada una de ellas; mientras que Waterlóo fué la última de la serie.

Todas las otras fueron completas. Las naciones que las habían perdido quedaron exhaustas y postradas a los pies del vencedor. Pero por una estrategia latente, de lo que es bueno que la historia de los pueblos libres no se olvide jamás, la gran batalla, la final de las batallas se seguía dando. Marengo, Austerlitz, Jena, no eran en el campo de esa gran batalla, sino sucesos parciales, a la derecha, a la izquierda, en el centro, que no decidían de la lucha: empeñado el movimiento supremo, la gran batalla se decidió en un día, sin que nadie pudiese renovar. Esta es la estrategia de la historia, muy distinta de tal o cual campaña, de tal o cual batalla, y merece mayor atención de parte de los hombres bien inspirados, que las reglas empíricas y falibles de un arte que no logra jamás el éxito definitivo sino cuando tiene en sus filas las causas del espíritu público y de la opinión: La una puede dar victorias pasajeras, la otra es la única que da la victoria final.

(Vicente F. López, en el tomo II de la *Historia de la República Argentina.* Buenos Aires. 1911).

Los libros de la semana

Indice y registro, extractos y referencias de las publicaciones que se reciben de los autores y de las casas editoras.

Señalamos:

Una nueva edición de *El Cristo Negro* (Leyenda de San Uraco), por Salarrué. Aparece como Ediciones de la Biblioteca Nacional. San Salvador. 1936.

Augusto Arias: *Panorama de la Literatura Ecuatoriana.* Quito. Imp. Nacional. 1936.
Llega como donación del *Grupo América* de Quito.

El No. 27 del excelente mensuario *Sur*, de Buenos Aires. Con un debate en que Jacques Maritain discute sobre el *Comunismo* y el *Fascismo.*
Precio del ejpr., con el Adr. del *Rep. Am.*: ₡ 2.50.

Juan Uribe Echeverría: *La novela de la revolución mexicana y la novela hispanoamericana actual.* Prensa, de la Universidad de Chile. 1936. Donación del autor. Casilla 1003. Santiago de Chile.

Estos últimos libros de las Ediciones *Ercilla*, de Santiago de Chile:
Carlos Reyles: *El gaucho florido.* La novela de la estancia cimarrona y del gaucho crudo.
Delfina Bunge de Gálvez: *La belleza en la vida cotidiana.* (Ensayos).
Romain Rolland: *Pedro y Lucía.* Trad. de Luis Alberto Sánchez.
Hernán Robleto: *Una mujer en la selva.* (Novela americana).
Stefan Zweig: *Una conciencia contra la tiranía.* (Castellio contra Calvino).
Blaise Cendrars: *Ron* (Rhum). La aventura de Juan Galmot. Trad. de Luis Alberto Sánchez.
Alfonso Reyes: *Tránsito de Amado Nervo.*

Dos novelas de Bruno Traven:
Un puente en la selva. (Una tragedia en la selva mexicana). Trd. del alemán por Alfredo Cahn. Ediciones *Imán.* Bs. Aires. 1936. Precio ₡ 2.00.
El barco de los muertos. (Obra prohibida en la Alemania de Hitler). Trad. del alemán por José de Unamuno. Ediciones *Imán.* Bs. Aires. 1936. Precio ₡ 3.00.
Con el Adr. del *Rep. Am.*

Sergio Bagú: *Vida ejemplar de José Ingenieros.* Juventud y plenitud. Prólogos de los Dres. Bermann y de Veyga. Colección *Claridad.* Buenos Aires. 1936.
Con el autor: Godoy y Cruz. 2790. Buenos Aires. Argentina.

Raquel Sáenz: *Voz y silencio* (El libro de mi madre). Poemas. Montevideo.
Con la autora: Av. Brasil. 2547. Montevideo. Uruguay.

Ana María O'Neill instructora de español comercial y Psicología aplicada en la Universidad de Puerto Rico. *La Psicología en la correspondencia comercial.* San Juan de Puerto Rico. 1936.
Consta de 39 capítulos nuevos, interesantes.

Antonio Iraizos: *La vida amorosa de José Martí.* Edit. *Hermes.* La Habana. 1937.
Conferencia pronunciada en la Academia Nacional de Artes y Letras.
Con el autor: Amistad 84. Habana Cuba.

Juan Lazarte: *Chile en la vanguardia.* Impresiones. Valparaíso. 1936.
En las Obras completas de Marcial Hernández: *Sueño de un mediodía.* Cuentos. Caracas. 1936. Con un estudio preliminar de Héctor Cuenca.
Donación de Hugolino Hernández. En la *F. E. V.* Caracas. Venezuela.

Completamos así los 60 primeros volúmenes de la ejemplar *Biblioteca Aldeana de Colombia.* (Sección Samper Ortega). Constará de 100.

Nos. 26 a 30:
José David Guarín: *Una docena de pañuelos y otros cuadros.*
Angel Pombo: *La niña Agueda y otros cuadros.*
Luciano Rivera y Garrido: *Memorias de un colegial.*
Emiro Kastos: *Mi compadre Facundo y otros cuadros.*
Fermín de Pimentel y Vargas: *Un sábado en mi parroquia y otros cuadros.*

Nos. 31 a 35:
José Manuel Restrepo: *Historia de la Nueva Granada.*
José María Espinosa: *Memorias de un abanderado.*
Joaquín Posada Gutiérrez: *La Batalla del Santuario.*
José María Cordovez Moure: *De la vida de antaño.*
Cayo Leonidas Peñuela: *Boyacá.*

Nos. 36 a 40:
Eduardo Posada: *El Dorado.*
Raimundo Rivas: *Mosquera y otros estudios.*
José Mía. Quijano Otero, Luis Capella Toledo, Camilo S. Delgado y Ml. José Forero: *Leyendas.*
Enrique Otero D'Costa: *Leyendas.*
Enrique de Narváez: *Los mochuelos.*

Nos. 41 a 45:
Frco. J. de Caldas: *Viajes.* (Viaje al Corazón del Barnuevo).
Ml. Uribe Angel: *La medicina en Antioquia.*
Miguel Sámper: *Escritos.*
Joaquín Antonio Uribe: *Cuadros de la Naturaleza.*
Ezequiel Uricoechea: *Antigüedades neogranadinas.*

Nos. 51 a 55:
Sergio Arboleda: *Las Ciencias, las Letras y las Bellas Artes en Colombia.*
José Joaquín Casas: *Semblanzas.* (Diego Fallon y José Ml. Marroquín).
Luis Mia. Mora: *Los contertulios de La Gruta Simbólica.*
T. O. Eastman, L. García Ortiz y B. Sanín Cano: *Eruditos antioqueños.*
Mariano Ospina: *El Dr. J. F. Restrepo y su época.*

Donación espléndida de la Oficina de Canjes Internacionales y Reparto de la Biblioteca Nacional. Bogotá, Colombia.

El escritor...

(Viene de la página 134)

ser fructíferas para el arte porque—eso no lo dice ya—permiten dedicarse a pulir la forma. Cuando se olvida lo esencial, el escritor se refugia en lo paramental. No es condición del sabio, el desaliño, pero rara vez se presenta lamido y brummeliano. No es condición del joven, ni cuando superficial, vivir sin osadía. "En defensa de la cultura" hay que pedir a la tripulación de *Palabra* y a todas las tripulaciones análogas, que no olviden la virtud de la osadía,—virtud juvenil por excelencia—, y la de aquilatar lo sustantivo, entre la borrasca de formalismos obligados por las circunstancias cuando uno se somete a ellas. Someterse no es virtud de jóvenes. Ni de adultos. Menos, si son intelectuales.

Los filisteos

El estudiante divide a la humanidad en dos grandes clases generales: la de los hombres que estudian o han estudiado en universidades, en academias o escuelas politécnicas y la de los que no han tenido esa ventaja. A estos últimos se les da el nombre de *filisteos.* Entre éstos hay grados de mayor o menor intensidad siendo los burgueses la personificación del filisteo más acentuada.

Cabe aquí observar que las palabras *filisteo* y *filisteísmo* han traspasado los límites académicos o universitarios y han sido adoptados en la literatura y en la lengua universales. En su acepción más amplia la calificación de filisteos comprende a todos los individuos rehacios a cuanto no sea práctico, conveniente, útil para el individuo mismo: comprende a los enemigos de lo bello, de lo grande en el arte, en la política y en las demás manifestaciones de la vida social o nacional. Pudiéramos agregar, tomando ejemplo en la literatura española, que el tipo del carácter filisteo se halla en Sancho, y que Don Quijote es por ende la personificación del sentimiento opuesto.

(S. Pérez Triana, *Reminiscencias tudescas.* Bogotá. 1936).

Teorías repugnantes...

(*Viene de la última página*)

de presa, concediéndole el rango más alto, es de suponer que no se propuso justificar otras realidades ni estimular otras tendencias agresivas que las de su mismo país.

La prueba de ello es que, en contradicción flagrante con sus principios, Spengler lanzó candentes anatemas, al igual que podría hacerlo el humanista y el pacifista más fervoroso, contra la memoria de los conquistadores españoles de las tierras americanas y especialmente contra los destructores de la histórica y admirable cultura maya. "Irrupción de asesinos, puñado de bandidos y aventureros", así calificó Spengler a los soldados de Hernán Cortés, en una de las páginas más interesantes y lógicas de "La Decadencia de Occidente."

Pero aun de esa antinomia desprendió Spengler un corolario *técnico* paradógico, en justificación de los instintos guerreros de los Estados de presa; porque si "un par de cañones malos y un centenar de trabucos bastaron, en tierras de México, para rematar la tragedia de la civilización maya", también de aquella realidad se deduce la sugerencia antihumana y anticristiana de que todo Estado de rapiña tendrá más asegurada la impunidad de sus ataques, cuanta mayor sea la superioridad de su armamento, por sobre los medios de defensa y resistencia del pueblo agredido o invadido, aun cuando la realidad civilizada de éste último y su derecho a la propia determinación y libre organización, sean tan respetables, en teoría internacional, como tenga derecho a serlo la autarquía del pueblo agresor.

No otra cosa que la aplicación repugnante de ese corolario, estuvo erigida en técnica sistemática del imperialismo bismarkiano, así como de las ambiciones kaiserianas, luego; y es bien obvio que vuelve a revivir, furiosa, la misma *técnica*, en manos del nazismo actual. Sabido es que en Francia hizo quiebra episódica ese recurso, por una acumulación oportuna de factores materiales y espirituales. Sin embargo, a los cuatro lustros de la horrible tragedia internacional, el instinto guerrero de la cancillería germana, excitado por doctrinas, ambiciones y conceptos de patriotería oficial y de orgullo racial, vuelve a poner en pie la maquinaria guerrera, con propósitos agresivos genuinamente concordantes con las recomendaciones técnicas de Spengler.

Este procedimiento, por explicación o justificación que quiera dársele con pretexto de anticipada o previsora defensa contra peligros más o menos imaginarios, no puede ser atenuado ni aceptado por ninguna conciencia liberal realmente juiciosa. Se operaría en la humanidad una retrogradación incompatible con el predominio de lo justo, lo moral y lo intelectual, por encima de lo estrictamente material y transitorio, si pudiera prevalecer el imperio de la agresión, de la intromisión sistemática, tanto en la vida nacional como en contra de países ajenos, en perjuicio o sacrificio de los derechos y de los valores individuales, sociales e internacionales más legítimos.

Spengler, con todo, no dejó de ver los inconvenientes que del ejercicio de sus teorías se podrían emanar y se han producido ya, en otras épocas. Incluso reconoció que la realidad trágica de esa *kultura*, de esa *técnica*, inspiradas en el predominio sistemático de lo formidable "no sabe cómo ni de qué modo acabará". Sólo los soñadores, dijo, creen en posibles salidas. El se declaró pesimista, aun cuando se envaneció, al propio tiempo, de su pesimismo, y dió por sentado, con ínfulas dogmáticas tan inaceptables e ilógicas como su sistema, que el optimismo y los ideales no son otra cosa que cobardías.

Pero si así fuese, —y por otra parte no existen culturas ni civilizaciones sin idealismos, sin virtudes y sin confianzas optimistas en días mejores—, la deducción spengleriana habría de equivaler al absurdo de que las culturas y las civilizaciones serían realidades inútiles y hasta contrarias a las más elevadas normas de convivencia jurídica, social e internacional. No existe, por tanto, ningún derecho lógico a calificar de cobardías los ideales y la confianza optimista en un futuro mejor. Los ideales, cuanto más elevados y humanitarios sean, responden más legítimamente a supremas necesidades en distintos órdenes de adelanto, de mutuo respeto, de garantía en favor de derechos, deberes, relaciones, intereses, etc., de cada individuo y de cada agrupación de personas civilizadas. Porque la civilización fuera un concepto vácuo, una realidad inútil, si sus ventajas pudieran anularse, excluirse o destruirse, a capricho de los directores o empresarios de la maquinaria guerrera.

Frente a las repugnantes teorías de Spengler entendemos, pues, que es legítimo, razonable y justo el ideal de respeto a los principios de libertad y de dignidad individual, primorialmente, en cuanto la práctica de esa libertad no sea contradictoria o lesiva a los respetos y altas conveniencias sociales o patrióticas y a las atribuciones legítimas de los Estados. Y este ideal se puede perseguir y se puede obtener, racionalmente, lo mismo en el orden nacional como en la práctica internacional, por medios pacíficos, educativos y evolutivos, sin necesidad de *técnicas furiosas*, contrarias a los fueros e intereses morales y espirituales que constituyen el patrimonio colectivo más valioso, perdurable y respetable de la humanidad civilizada.

La salud de las letras

= De *Letras de México*. México, D. F., febrero de 1937. Versión de *E. Luquin* =

La crisis que sacude al mundo no es económica, ni política, ni social; es una crisis de civilización. Todos los problemas resurgen y ofrecen aspectos inquietantes. Pero los problemas de la cultura deben ocupar en primer término nuestra atención. Nuevos medios de distraer e instruir han aparecido y han sabido captarse el favor de las multitudes. Precisa reconocer como innegable que tales medios han trastocado las costumbres y previsiones de la inteligencia. Estoy firmemente convencido de que estos nuevos sistemas de información, de distracción, y si se quiere de instrucción, deben ser objeto de una crítica severa y atenta, sin olvidar que de hoy en adelante hay que tener muy en cuenta los efectos de su revolución moral.

Lo impreso no es, por supuesto, el único vehículo del espíritu; pero el libro se encuentra amenazado. Y es muy posible que antes de medio siglo no signifique nada para la multitud y que su uso quede limitado a servir a un reducido grupo de letrados.

Para conservar siquiera un poco el favor del público, la prensa ha ido de capitulación en capitulación, evitando con esto al lector todo esfuerzo de lectura. Cortados en dos o tres textos, los artículos sustanciales aparecen disimulados entre ilustraciones y ostentosas notas marginales. Las revistas evolucionan en el mismo sentido.

¿Qué papel desempeñan las *revistas* en esta época? Muy pocas resisten y cada vez son menos numerosas. Pasó el tiempo en que cada semestre se agrupaban los escritores para proyectar las bases de una nueva revista literaria. Sin embargo, algunos jóvenes se esfuerzan todavía ahora a costa de grandes sacrificios. El papel es costoso y la impresión lo mismo, y el favor del lector, insignificante, porque su atención es solicitada y distraída de mil maneras. La vida de una revista, que exige no solamente dinero y mucho trabajo, necesita sobre todo de fe, de amor y de interés casi perfectos. Algunos observadores del mundo moderno acabarán pensando que como éste se transforma, las revistas tienden también a desaparecer. Yo persisto en creer que entonces mayor sería la desgracia. Las revistas corresponden a una forma de actividad intelectual que me parece necesaria ahora más que nunca. Cierto esfuerzo de pensamiento continuado, de meditación creadora, de estudio activo no se manifiesta más que al favor de revistas y periódicos literarios. El libro es voluminoso y lento. El diario es breve y furtivo. En cambio, la revista exige cierta manera de examinar, de criticar los acontecimientos, los hombres, las obras; es como el vehículo de un pensamiento que no renuncia a su misión.

La desesperación de una revista vigilante, sería en la era actual, una desgracia para la inteligencia amenazada en sus ejercicios. No se trata de *escuelas*, sino de una causa: la del espíritu libre que conserva sus tesoros y defiende sus posiciones.

George Duhamel

El Salvador de los hombres

La caridad, necesariamente sobrenatural, la fraternidad derivada sin falta de la paternidad de Dios, quien las enseña y las lleva a la práctica es Jesucristo, cuya doctrina se nos muestra en todo tiempo como causa de esas virtudes y como fuente del bienestar moral que ellas traen.

Miren también que al par que crece la población de la tierra, recrecen las dificultades para vivir, que al compás que se desenvuelve la industria, sube la riqueza, pero en mayor grado la pobreza; que las comodidades y placeres se van desenvolviendo con los descubrimientos, pero que a la vez se atizan la desesperación y la envidia; que las invenciones multiplican los placeres pero no disminuyen los dolores más profundos, que son los de orden moral; y que la distribución de los frutos del trabajo es cada día más difícil y peligrosa, porque es un problema que parece tan agobiador como los problemas áporos de las matemáticas,

En presencia de estos peligros surgen la ciencia del sabio y la fuerza del gobierno, pero vacilantes y cada día en bançarrota más declarada. Empero, ante ellos también se presenta el Salvador de los hombres como Dios del dolor, del dolor que es la aguijada que obliga al hombre a llevar derecho el surco hacia la verdadera vida; como Dios de la pobreza, que al fin puede hallar una medida apartada de la opulencia y de la miseria; como Dios del trabajo, como Dios obrero, que en el panegírico de San Francisco por Bossuet nos da la solución que el socialismo no dará jamás.

(Marco Fidel Suárez, en los *Sueños de Luciano Pulgar*. Bogotá).

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
EN COSTA RICA:
Suscrición Mensual: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR:
EL SEMESTRE, $3.50
EL AÑO, $6 00 O. AM.
GIRO BANCARIO SOBRE NUEVA YORK

Teorías repugnantes de Spengler

Por J. CONANGLA FONTANILLES

= *Colaboración.* La Habana. Enero de 1937 =

La sugestión de las modas, que domina y se propaga, también, en el ambiente intelectual, ha hecho de Spengler y de las teorías spenglerianas un foco de atracción para las mentes cultas; y su señuelo de instintiva e irreflexiva admiración, además, para buena parte del vulgo ilustrado (valga la paradoja, pues ya Gracián observó, con fina agudeza, que hay vulgo en todas partes).

Durante los últimos años, Spengler se ha puesto de moda en los centros culturales; y las teoría spenglerianas han servido, y sirven aún, de tema socorrido para disquisiciones o abstracciones seudosociológicas y filosóficas, de la más discutible especie. El carácter abstruso de *La Decadencia de Occidente,* la obra más densa de Spengler—aunque rebosante de erudiciones interesantísimas—, ha servido para que numerosos aspirantes a que se les tenga por supercultos, avanzados y modernos, se produzcan en elogio y en admiración ditirámbica por las teorías de Spengler. El análisis juicioso de esas teorías, sin embargo, las convierte en repugnantes para quien ha nutrido y robustecido su cultura con esencias educadoras de clásico humanismo.

Una de las teorías de Spengler que en primer término resulta inaceptable, por ilógica y por anticientífica, es la de que no existe la evolución prehistórica, en la especie humana. El no sólo supone, sino que da por sentado, que nuestra especie se originó, de súbito, por generación o mutación total. Las variaciones lentas, afirmó Spengler, (aludiendo a los postulados de Darwin y a los de Spencer), corresponden al modo de ser inglés, pero no a la naturaleza. Spengler quiso avalar esta ficción con argumentos caprichosos, los cuales ni siquiera pueden ser reputados como intuiciones, porque carecen de base razonable.

Así, de un plumazo, Spengler intentó arrasar las deducciones científicas más axiomáticas en geología, paleontología, antropología, biología, geografaía física y humana, al igual que los cimientos de la sociología y del derecho político. Además, no obstante su oposición a los principios roussonianos, Spengler trató de erigir un nuevo naturantismo humano, antitético al humanitarismo; pues mientras éste es inseparable de los respetos mútuos como fundamento de respectivos derechos y deberes, en cambio, en el naturantismo de Spengler, no existe el menor rastro de derechos naturales, de sentimientos pacifistas, piadosos ni comprensivos (veáse *El Hombre y la Técnica*); sino predominio sistemático de instintos brutales, obsesión de sojuzgarlo y avasallarlo todo, seres vivos y cosas; odiosidad vengativa contra toda clase de resistencia al capricho dictatorial.

Acorde con esa manera de pensar y de sentir, opinó Spengler que la política de las naciones, la organización de los Estados, debiera ponerse y mantenerse al cuidado no de los elementos más capaces y juiciosos, sino bajo la férula arbitraria de los más audaces y agresivos. Y, por deducción de semejante criterio, sostuvo que la Historia, en resumen, debiera ser, especialmente, la correlación de las guerras, de las conquistas o *rapiñas* de los pueblos más fuertes, contra las naciones que pueden, en cualquier época o contingencia, ser conquistadas o dominadas.

Spengler, como se ve, estuvo influido de la concepción hegeliana que atribuye autoridad y poder absoluto al Estado y a los representantes más o menos genuinos de éste. Por algo Spengler afirmaba que el *hombre, en sí, no existe;* que ese hombre es palabrería de filósofos; que "no hay hombres en sí, sino hombres de una época, de un lugar, de una raza, de una índole personal, que se imponen en lucha con el mundo dado, o sucumben mientras el universo prosigue en torno de él su curso, como divinidad erguida en magna indiferencia". Esta lucha, según Spengler, "es la vida, y lo es en el sentido de Nietzche, como una lucha que brota de la voluntad de poderío; lucha cruel, sin tregua, sin cuartel ni merced".

¿Se quiere algo más contradictorio con el espíritu de las enseñanzas humanistas (en filosofía, ética y política), que esta exaltación de lo guerrero por sobre de lo justo; la apología de la agresión y la rapiña sistemáticas; la negación de los respetos inherentes al sentido de libertad y dignidad; el desprecio a los ideales de solidaridad, de bien entendida democracia; el fetichismo estatista en detrimento de todo interés, de toda consideración y de todo derecho inmanentes de carácter individual o social, público y privado? Pues esos son, precisamente, los conceptos monstruosos en que se basan las doctrinas de Spengler, concordantes, en el fondo, con la morfología de algunos regímenes autocráticos de Europa.

Spengler definió el hombre "un animal de rapiña". Pero esta definición no es aceptable ni siquiera como paráfrasis del concepto piadoso de Plauto "Homo homini lupus". Correctamente, si acaso, Spengler hubiera debido de escribir: "El hombre es un animal de rapiña, en estado de barbarie o de salvaje inconsciencia". Porque si en puridad el hombre fuese lo que afirmó Spengler, y no pudiese nunca dejar de serlo a pesar de todas las enseñanzas y de todas las experiencias de las culturas y de las civilizaciones sucesivas, en ese caso, ¿qué valor tendrían los conceptos humanistas esenciales —políticos, éticos, religiosos— y las virtudes individuales y colectivas de respeto recíproco entre personas y entre pueblos?

Spengler quiso construir (o reconstruir, porque Alemania tiene precursores significados bien famosos en esas aberraciones antihumanísticas), un sistema justificativo más que expositivo de ciertos fenómenos característicos de la propensión racial garmánica al empleo sistemático de la violencia como principal recurso *técnico* al servicio de las ambiciones o de las obsesiones de sus dirigentes imperialistas. Así cuando Spengler exaltó el hombre

(*Concluye en la página anterior*)



Dibujo de *Juan Carlos Huergo*

Noche lunar

= *Envió de la autora.* Costa Rica. 1936 =

Aquella vez la noche llegó cansadísima y se tendió en la costa dispuesta a reposar. Pero la luna que no es tan candorosa como la pintan, resolvió molestar a la noche. Se vistió sus mejores galas y salió a flirtear con el viento; se fueron por esos cielos y metieron tanto ruido, que no se quedó estrella sin asomarse a la ventana. Jugaron al escondite con las nubes y con los árboles a las sombras chinescas, regaron azogue en las fuentes, desvelaron a todas las flores y acabaron haciéndose el amor en un palmar cercano a la playa. Discretas las nubes los envolvieron en cendales, las olas murmuraron no sé que cosas de la luna, perfumaron las resedas los campos y los mares.

La suave, la elegante, la armoniosa garza real, dormía sobre las rocas soñando con su imagen. Malicioso el viento se empeñó en despertarla: abrió los ojos y se encontró con la luna, magnífica de amante; voló muy alto para bañarse en fulgores, pero la luna celosa no quiso abrillantarla, se escondió entre las nubes plomizas y dejó descansar a la noche.

Alicia Castro Argüello